

DESPLEGADO

VERBUM

ÓRGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR
CARMELO M. BONET

ADMINISTRADOR
FLORIAN OLIVER

AÑO VI

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE DE 1913

NÚM. 22

La Facultad de Filosofía y Letras

SU OBJETO

La Facultad de Filosofía y Letras, mis jóvenes amigos, carece de objeto; es, en el conjunto de las hermanas universitarias, la quinta, como quien dice la quinta rueda. No posee el privilegio de ofrecer una carrera análoga a la del abogado, del médico, del ingeniero o del agrónomo, pues le sobra buen criterio para saber que no puede consagrar filósofos ni literatos y, si continúa con el viejo hábito de expedir títulos, no ignora que son meramente decorativos. Es una facultad no sólo filosófica, sino casi platónica.

Es evidente que esta institución se caracteriza por su inutilidad, como que su primer decano fué Miguel Cané, que no era estanciero, ni banquero, ni pleitista — que casi no era nada — nada más que un espíritu eminentemente distinguido.

En esta facultad, algunos señores se complacen en perder el tiempo. Juan Agustín García, por ejemplo, habla allí del génesis colonial de la ciudad de Buenos Aires, lo que es tan molesto como recordarle a un advenedizo enriquecido, sus humildes orígenes, cuyas huellas aún no ha logrado borrar. Cramwell enseña un idioma que no se habla en ninguna parte y que, a los efectos de la correspondencia comercial, no puede competir siquiera con el esperanto. Ernesto Quesada se ocupa de unos pobres frailes que, en los bosques del Alto Uruguay, ensayaron

(1) De la *Guía del Estudiante*, editada por el Centro Católico de Estudiantes.

una organización social extravagante. Calixto Oyuela se empeña en demostrar que Cervantes — el autor del Quijote — tenía algún conocimiento del idioma castellano. Lafone Quevedo trata de deslindar con exactitud la influencia de los quichuas en la civilización precolombiana de los calchaquíes. Zuberbülher se apresta a decirnos el concepto que tenía el autor de Gioconda sobre los colores cromáticos. Ricardo Rojas, enamorado de una extraña teoría, intenta convencernos de que los hacimientos cosmopolitas determinados por el factor económico no bastan para constituir un pueblo, que es menester vincularlo además por un poderoso sentimiento colectivo y aún llega a veces a pretender que debemos aspirar al desarrollo de una intensa cultura nacional. En fin, ya se ve que no cabe imaginar ocupación de más exiguo provecho.

En esta casa todavía se pronuncia el nombre de Aristóteles y se recuerda vagamente la existencia de Descartes y de otros, que, a pesar de haberse empleado solamente en las tareas del espíritu, han ejercido, sin embargo, alguna influencia en los destinos de la humanidad. A veces, también pasa por sus aulas un forastero que, como Altamira, cree que la investigación metódica debe preceder a la publicación de obras de historia, u otros que nos hablan del romancero español o del renacimiento o de evoluciones orgánicas y psíquicas. Hay que disculparlos, vienen de países remotos, donde se atribuye alguna importancia a las cuestiones puramente intelectuales y, engañados por las apariencias, suponen aquí otro tanto.

Por cierto, el señor decano debiera colocar a las puertas de la Facultad un aviso para prevenir a la juventud incauta, que allí no espere hallar los medios para salvar las contingencias de la vida. Para no desdecir del sitio podría revestir la forma clásica: *Primum vivere, de inde philosophare*.

En efecto, la tarea del día, para el individuo como para la colectividad, se concreta por ahora a nuestro desenvolvimiento económico. Y no nos quejemos de ello. Semejante orientación práctica y utilitaria hacía falta a este pueblo de origen español, para que se decidiera a trocar su hidalga incuria por el trabajo y se empeñara en hacer efectivas las riquezas de su opulenta heredad. Todas las sollicitaciones del ambiente nacional nos llaman a la obra inmediata, provechosa, creadora de riquezas y bienestar.

Y esta tendencia que ya domina toda nuestra vida, trasciende también a la enseñanza y no faltan quienes creen que debe revestir, en primer lugar, un carácter práctico y positivo, a fin de encaminar nuestra juventud hacia los estudios de aplicación inmediata. La enseñanza universitaria misma, de acuerdo con este criterio, debiera ser ante todo profesional.

Las consecuencias de semejante manera de ver se escuchan a cada instante. ¿Qué necesidad tiene el futuro abogado de estudiar matemáticas? ¿De qué sirven al estudiante de ingeniería las lenguas muertas? ¿El médico acaso necesita conocer la historia nacional para ejercer su oficio?

No olvidemos que la escuela, a más de instruir, a más de transmitir las informaciones elementales y útiles, tiene otra misión. En el más humilde de los alumnos ha de educar al ciudadano de una colectividad democrática y al miembro de una sociedad culta. Parece que el hogar y el medio ambiente ya predicán con suficiente intensidad la orientación práctica de nuestras actividades y que la enseñanza puede prescindir de exagerarla aún, para corregirla, más bien, hasta donde llega su limitada influencia.

La Universidad, sobre todo, no se ha de concretar a proveer de títulos profesionales, pues está llamada, y ésta es su misión más augusta, a formar las clases intelectuales, cultas, dirigentes de nuestra sociedad. Es menester decirlo con claridad, aunque con dureza. El distinguido estudiante de medicina que al terminar la carrera se ve en figurillas para redactar su tesis y desconoce hasta las reglas de la sintaxis, si es que recuerda las de la ortografía, a pesar de su título de doctor, no será más que un simple albéitar. Y, en la variante del caso, aplíquese a los demás.

Elijo este ejemplo porque es expresivo, y no es excepcional, si bien es burdo, pues la ignorancia no pocas veces se disimula bajo formas mucho más refinadas.

Luego pensemos en el caso, también frecuente y también triste, de aquel que ha realizado su ideal económico y al cual la vida no le ofrece después otro aliciente que la satisfacción de sus instintos o el tedio de la ociosidad, si es que en la dura brega no se han embotado los menguados restos de su mentalidad. A semejante extremo conduce la civilización sin cultura, la ausencia de intereses intelectuales, literarios o estéticos, es decir, de intereses “desinteresados”.

No al individuo tan sólo se aplica esta consideración. La prosperidad de Atenas o de Florencia valdría menos que la de Cartago, si no hubiese sido la condición previa para desarrollar períodos de intensa cultura intelectual y artística.

Sin duda no debemos forzar la nota. Felizmente, en todos los hombres existen afectos y sentimientos que restringen la expansión de un rudo egoísmo. Por otra parte, nuestro espíritu nacional flexible, tolerante y expansivo, ha obedecido siempre a impulsos de progreso, deseoso de elevarse e ilustrarse.

En Buenos Aires, a pesar de las quejas sobre el ambiente ingrato, no deja de realizarse una labor intelectual apreciable, que día a día crece en cantidad y mejora en calidad.

Nunca ha faltado a la República un grupo dirigente, constituido por individualidades de alta cultura y en el seno de nuestra juventud — quizás amortiguados, quizás desviados — sobreviven anhelos superiores a los afanes del día. Cuantos al salir de las aulas se aperciben de la insuficiencia de la enseñanza puramente técnica, experimentan la necesidad de salvar las fronteras profesionales. En realidad, sería injusto desconocer que el nivel de la cultura general tiende a levantarse, no obstante el predominio de los intereses positivos. Con una impaciencia explicable desearíamos, sin duda, que se extendiera más, o no se limitara tan a menudo a exterioridades superficiales.

Presentemos, pues, a esta faz de la evolución nacional la atención que se merece y fomentemos estas aspiraciones — no seamos inmodestos — casi con el mismo interés que, con tanto acierto, dedicamos a nuestros rebaños y a nuestras sementeras. Digámosle a la juventud que debe armarse de nociones útiles para afrontar la lucha por la existencia, pero que no debe descuidar un solo instante el desarrollo armónico de la propia personalidad y que no es una paradoja si se repite que al fin lo inútil, lo superfluo, lo abstracto, la ciencia pura, es precisamente lo más necesario, lo único que da significación a la vida, constituye la dignidad del hombre, lo emancipa de las preocupaciones vulgares, dota su espíritu de libertad moral y, si no sirve para adquirir riquezas, sirve para darles valor.

La información fragmentaria que ofrece el periódico, la revista y aún el libro, elegido al acaso, sin ser por cierto despreciable, a riesgo de simular una suficiencia ficticia, no puede suplir el estudio metódico y ordenado. La misma facultad

universitaria no puede proporcionarlo sino de una manera deficiente, pero sí sirve de guía hacia horizontes más anchos, revela la existencia de regiones intelectuales casi ignotas, sugiere el desdén de lo presuntuoso y de lo chabacano, habitúa a contemplar los hechos desde distintos puntos de vista, para conocerlos antes de juzgarlos, y si el esfuerzo propio del estudiante fecunda la enseñanza recibida, le encamina a buscar con criterio filosófico, es decir, con criterio sereno y abstracto, la solución de los problemas que surgen sin cesar en el espíritu humano, cuando no ha renunciado a los fueros de la razón, ni se dispone a vivir la vida exclusiva de los instintos. Bien vale la pena reconcentrarnos alguna vez en nosotros mismos y recordar que este mundo tan culpable, tan real y positivo, no es sino la expresión simbólica de lo inescrutable.

Mantener esas aspiraciones hacia una cultura superior es la misión de la Facultad de Filosofía y Letras, de manera inmediata para con los alumnos que la frecuentan, de modo indirecto por medio del profesorado que se forma en sus aulas, llamado a esparcir la simiente que se le confía, en la esperanza de que algunas veces ha de caer en tierra fértil.

ALEJANDRO KORN.



Doctor Rodolfo Rivarola

Hé aquí á nuestro decano. Hombre de corazón manso y de inteligencia clara. Cabeza pensante del núcleo de opinión pública que desea el sistema unitario de gobierno. Codificador, publicista y maestro. Enseña ética y la vive. Con tales antecedentes, podemos confiar en que su decanato, que él ha calificado de «puertas abiertas», sea fecundo en iniciativas que tiendan á dilatar la influencia cultural de esta casa universitaria.

Aquel pedazo de cielo...

Todos habían quedado callados. Cada uno continuaba en su mente la conversación interrumpida. Y todos preguntábanse cómo y por qué habían llegado a entusiasmarse por todo aquello que *no valía la pena*. De pronto alguien miró al viejo que había sonreído ante el desencanto juvenil. Y asombróse. Algo nuevo, algo hondamente sentido, una emoción conservada largo tiempo, una emoción verdadera iba a revelarles.

Ese viejo conservaba intacto como una reliquia, un sentimiento juvenil, pleno y hondo. Y la duda no lo había profanado jamás. ¡Cosa admirable! ¿Podía, entonces, conservarse largo tiempo, un sentimiento invariable, un ardor inconsumible, por algo que se creyó un día bello y bueno?

Y aquellos jóvenes enfermos de descontento notaron con sorpresa que estaban admirados.

Los ojos del viejo preludiaban una emoción que por momentos íbase completando en tonos y en detalles, en ritmo y en pasión, en su mente dichosa al revivirla.

Y el viejo habló:

— Una noche, una noche muy oscura, muy callada y muy hermosa...

Hablaba lentamente, como comprendiendo que para sí y para sus oyentes sus primeras palabras debían ser solemnemente graves:

— Era una noche tibia y hermosa, como cualquier noche hermosa en cualquier clima y en cualquier país. Vivía entonces solo, oscuro, pobre. Trabajaba mucho, como todos, como cualquiera que trabaja para ganar su vida. Y aquella noche estaba cansado. Acerqueme a la ventana abierta, una pobre ventana de un cuarto piso que daba a una calle que en ese instante ocurríasele negra y terrible como un abismo. Enfrente altos edificios téticos, sombríos, inhospitalarios. En torno

mio el silencio, la soledad en que la hora torna el bullicio en las ciudades. A lo lejos, vagos, indefinibles ruidos. Mucha tristeza frente a mi pequeñez. Sentía pasar los minutos; los minutos de una vida abrumadora para mí, igualmente lenta en largos días. Y siempre así. . .

De pronto alcé los ojos. El cielo estaba negro, pero muchas, muchísimas estrellas brillaban. Grandes, chicas, pequeñísimas, apenas perceptibles. ¡Cómo me gusta mirar las estrellas apenas perceptibles en el cielo negro, después de haber admirado el brillo de las estrellas mayores!

Aquella noche la primera impresión ante aquel cielo fué de disgusto. ¡Era tan pequeño el espacio que el edificio de enfrente dejaba ver! Fijé con enojo la mirada en él. Allá, en lo alto de la cornisa, algo que se movía llamó largamente mi atención. Tardé mucho en reconocer el gato negro del dueño de la casa. Largo tiempo pasó así. Volví luego mis ojos a lo alto y admiréme. El cielo parecióme más profundo, las estrellas más lejanas. Comprendí que asistía a un espectáculo nuevo para mí y quise penetrarme de él. ¡Era tan inmenso el espacio de cielo que los edificios dejaban ver!

Yo era muy ignorante. No sabía que todas aquellas estrellas tienen hermosos nombres de dioses y héroes paganos. No sabía que antes que yo, en un remotísimo *antes*, las habían admirado y estudiado sabios de Caldea, en noches legendariamente bellas. No sabía lo que los niños aprenden con indiferencia y que más tarde aprendí admirado. Sólo tenía una vaga idea del tiempo, una larga sucesión de eternidades. Y sabía, porque me lo habían dicho cuando niño, aunque lo olvidé después, que todas aquellas estrellas eran mundos desconocidos.

Muy larga fué mi emoción. Y fué profunda y serena. Desde entonces siento en mí un caudal de sentimiento inagotable. Encontré allí reflejadas todas las bellezas. Amélas todas. Las amé verdaderamente porque amé mi amor por ellas. Amé todo lo que comprende y siente. Amé las almas. Todo lo que tiene vida y es hermoso: la gallardía de los árboles, el color y la frescura de los campos, el perfume de las flores, el vuelo de los pájaros, los cantos del ruiseñor y de la alondra. . . Y admiré todo lo invariable: la eternidad de los mares, la blancura insuperable de la nieve, la inmutabilidad de las rocas, el ritmo de las olas. . . Y sobre todo sentí, comprendí, amé y admiré mi

propia alma. Todas las bellezas las compendiaba, todas las bellezas las dominaba.

Y audazmente, desde ese día, fui al saber.

.....
— Ahora, — concluyó el viejo, — cuando hablan de mi fama y de mi gloria, recuerdo la noche aquella, en que la fatiga de un día de trabajo llevóme a la ventana, desde donde un pedazo de cielo revelóme el secreto del sentimiento de la vida.

MERCEDES DAUS.

El doctor Carlos Iburguren

Cuando en la labor del noble estudio de nuestra historia patria sentimos la nostalgia producida por la ausencia del profesor, podremos cogitar, no obstante, que si la Facultad de Filosofía y Letras pierde a uno de los maestros que la honraron con su enseñanza, los argentinos ganan al hombre que como ministro de Justicia e Instrucción Pública resulta, lo que bien expresan los ingleses al decir, *the right man in the right place*.

Pero, a pesar de todo y a trueque de parecer egoístas, lamentamos la falta de nuestro seguro guía en la difícil tarea de escudriñar en el intrincado laberinto del documento para extraer la verdad histórica, y sentimos no poder saborear, en lo sucesivo, la sólida y bella reconstrucción del pasado por el que fué nuestro profesor de Historia Argentina. Quédanos, empero, la senda trazada y el ejemplo dado en el trabajo, e imitando éste y siguiendo aquélla haremos obra segura, buena y eficaz.

Hay cosas sencillas, al parecer sin importancia, y que, sin embargo, nos presentan con marcado relieve la inteligente voluntad del maestro, que prefiere al convencionalismo oportunista la verdad cruda y sin ambages. El doctor Iburguren profesa este criterio, el cual aplicaba a sus lecciones de Historia Argentina, despojándose de aquel *chauvinisme* tan poco evitado, y adoptando como norma de conducta la sentencia de Groussac: "La musa de la historia no es la lisonja patriótica, sino la verdad inflexible y serena".

Por eso, los que nos dedicamos a rastrear la realidad histórica en la enmarañada maleza de apariencias y opiniones que la ocultan, afirmamos que el doctor Iburguren mirará con interés y con cariño a los que bregan, desde su humilde puesto, por el brillo de las letras, por la acción del pensamiento y por la verdad en la gesta de la patria.

S. A. SMITH.

Las espigas caídas

Abril 18. — ¡Feliz quien ha caminado por el mundo!, porque tendrá apaciguada en una cisterna la sed aventurera que muchos llevaremos insaciada a la tumba; porque ése tendrá la vanidad de sus ojos mortales repleta de paisaje perdurable, y algún día, cuando se repose en la quietud de sus últimos años, podrá desplegar, como una procesión de estandartes, las riquezas de lo que ha visto. No importa ser pobre e ignorado, ¡pero ver y sentir!... ¡hacer vivir plenamente a todos los sentidos!... Pienso con dolor en los que no tendrán otro motivo de recuerdo que el forjado y reforjado de su mundo interior. Hay quienes aman muchas veces para tener en otro tiempo muchos recuerdos; pero ¿y los que seguimos con perenne fidelidad a un alma sola, como sigue el agua la declinación de su lecho? Presentimos al porvenir, vacío como magnífica casa después de un baile y después que todos se han ido... ¡Ay!, ahora somos jóvenes y no sabemos hacer nuestra provisión de belleza para el invierno! Aquel hombre algún día hablará de las montañas con cimas violetas u opalescentes; de viejas ciudades de campanarios agudos, tejados de pizarra donde vigilan cigüeñas, portales labrados y escudados, bajo los cuales los zapateros cantan; hablará de canales de aguas negras e inmóviles, en los cuales se deslizan con pesadez repleta los balcones cargados de barriles de arenques; de la feria donde, bajo el tremolar de las banderas, alborota un cornetín a la puerta de la barraca, y los gitanos venden caballos con un manto de borlas rojas sobre el anca vibrátil; de los caminos de arena manchados de azul por la sombra de las palmeras y de las columnas, todavía en pie, de templos derruidos... Y los que le oigan recordar en alta voz, sentirán la inquietud de la maravilla abrazándoles el corazón como una corona de espinas. Ese hombre les hará el presente fascinante

y perverso de su juventud, y los que le oigan, alucinados de lo desconocido, sentirán el fastidio del apacible hogar y el yugo del deber cotidiano, siempre igual. La casa les será prisión y la ciudad en que viven y aman la única ciudad en que no valía la pena haber nacido.



Febrero, 3. — Vientos muy nuevos, que ni siquiera fueron anunciados, han dado vuelta como a una bandera flotante el espíritu universal: a la inquietud común a muchos ha sucedido la inquietud de cada uno, la *recherche de soi meme*, voluptuosa y humillante. Por eso parece que el nivel del ideal ha descendido; pero no: es que son muchos los ideales y muy distintos, como que cada uno tiene el suyo, y las cosas distintas no se pueden sumar; es que la libertad de obrar y de pensar nos ha creado más extremos al deseo, y las cosas divergentes no se pueden reunir en la igualdad de un haz lictorial. Los corazones están dispersos y hay más hombres y menos humanidad. Un resignado dolor flota sobre la época como la sombra de un día sin sol: es que tenemos más obligaciones — y vivimos más, si a cada vida se la mide por el deber. Somos más prudentes y estamos más solos. El hogar se va haciendo más cerrado y más propio: solamente los hombres frívolos son los que tienen casa abierta a todos. ¿No están en el hogar las horas de la más alta voluntad? Sola esté, pues, en él cada alma, sin mezclarse con las demás. El nuestro es el tiempo de la desunión de las almas y de la unión de la obra.



Agosto, 25. — Son las once de la noche. La luz de la lámpara amiga está muy baja y es azulada; se confunde en el cuarto con la claridad nocturna, también azulada. Y soy muy feliz. Así, inmóvil y reclinado como una de esas figuras perdidas en el fondo de un cuadro antiguo, estoy como en un equilibrio de indiferencia. . . Y me pregunto si alguna otra vez, en el tiempo que ha de venir, estaré como ahora. Entonces miro fijamente con larga y amorosa mirada a las cosas que están delante de mí, que vagas se divisan en la penumbra, para que luego no

olvide este instante y esta escena que tal vez no volveré a sentir. Esto es querer prolongar voluptuosamente la conciencia del fugitivo momento de la felicidad. Con el ansia de una despedida, miro para no olvidar, en este instante en que no ocurre nada, nada si no es mi alma que se refleja en sí misma como la quieta rama de un árbol en tranquila cisterna. Elocuente fragmento del tiempo presente es éste que, por virtud de la voluntad de querer sentirlo, parece vencer a la esperanza y ocultar a las promesas. Ya habrá tiempo para tener deseos; por ahora, arrullado en la música de este silencio, y acariciando con las miradas la seda de esta luz suave, piense sólo en adquirir un recuerdo, y preparar dignamente a la memoria, que es la morada de la felicidad.



Enero, 28. — Uno solo no es bastante para vivir: también los sucesos cotidianos de nuestro alrededor, también las palpitations sociales nos hacen la vida, que es un conjunto y una relación. Por eso substraerse al medio, soñarse en otras épocas, transportarse a un mundo ilusorio, como quien entra a una barca solitaria, es vivir a medias. Aunque es también un recurso de convalecientes, de heridos morales, al modo de ciertas plantas que necesitan la media sombra de los invernáculos. La inclinación a la soledad, al contrario de una resistencia, es una tentativa de adaptación: la realidad áspera del ambiente, demasiado fuerte o demasiado extraña para nuestro temperamento, nos llama al silencio meditativo de la soledad, donde tratamos de comprender lo que nos parece enemigo, donde podemos imaginar a nuestra manera el rostro de las circunstancias inevitables y considerarnos nosotros mismos como una circunstancia paralela. Y este aislamiento no duradero nos prepara para una adaptación consciente, para engastarnos en la vida, como una nota en una armonía... Para ver la montaña hay que alejarse de ella.



Febrero, 15. — Las luces rojizas de los faroles morían palpitantes como mariposas presas en la red inmensa de la obscuri-

dad fatídica. Lejos, las formas negras de los árboles quietos. En la calle sola se levantaban carros vacíos, con las varas en alto, y a trechos, en el suelo desigual y roto, los charcos brillaban un poco, desparramando el olor de los cadáveres. A ratos, el ladrido angustioso de un perro; y sobre una casa, la luna amarilla velada de nubes. ¡Y esa obscuridad ciega y traicionera! Sentí el molestar de la presencia de la fealdad y una desalentadora tristeza por los días que acababan en estas noches torpes. ¿Hay aquí quienes amen y sueñen? Quizás nunca llegarán hasta este harapo urbano las noches serenas, las musas de los pensamientos tranquilos... La luz es la primera de las necesidades espirituales. Hija de la luz es la esperanza. ¡A cuántos crímenes, como a fantasmas de sombra, disipa la sonrisa de oro de la aurora! Yo quisiera que en esta noche, sobre esta calle de aspecto de ruina y de abismo, en el fondo tenebroso de este cielo, se desflorase lenta en grandes pétalos luminosos, la cosa más bella que han hecho las manos del hombre: los fuegos artificiales.

ENRIQUE BANCHS.

1911.

Ricardo Rojas en la Facultad de Filosofía y Letras ⁽¹⁾

La historia literaria y la crítica retrospectiva, tienen una importancia singularísima por lo que ellas significan no tan sólo como medio de hacer justicia a los hombres que en el pasado consagraron su actividad a la noble tarea de las letras y de destacar la belleza y valor de obras muchas veces obscurecidas por la distancia en el tiempo, fortaleciendo por tal manera la tradición espiritual del pueblo y dando base a la literatura del presente, sino también por lo que ellas representan como medio de esclarecer la historia toda de la patria; pues sabemos cuánto hay de exacto en el sistema de Taine, y cómo del estudio de una obra literaria podemos casi siempre remontarnos al de la personalidad que la concibió y de ésta al del ambiente que la rodeara y actuara sobre ella, siéndonos dado iluminar así, todo un período histórico que la compulsa de documentos de otra clase, no alcanza a revelar sino en forma parcial e incompleta. Es, pues, un motivo de honda satisfacción el ingreso de don Ricardo Rojas a la Facultad de Filosofía y Letras como profesor de literatura argentina, pues comporta para esa casa de severos estudios una adquisición cuyo valor ha podido aquilatarse desde su conferencia inicial, bien que estuviera ya previsto el éxito que en tal empresa podía haber a quien con su vigorosa obra de escritor ha probado antes de ahora su singular dominio en esta materia.

Don Ricardo Rojas aporta a la cátedra que el Consejo Directivo de la Facultad le confiara con gran acierto, aptitudes

(1) La Dirección de esta Revista no podía dejar pasar por alto un suceso de tanto relieve como es la incorporación de Ricardo Rojas al cuerpo docente de esta Facultad. Por eso, encomendó a uno de sus colaboradores más autorizados, el señor Alvaro Melián Lafinur, la tarea de comentar, como lo ha hecho, la venida hacia nosotros de ese mágico maestro de la palabra, entendiendo que honrándolo, se honraba. (N. de la D.)

y condiciones especiales para emprender el estudio de nuestra historia literaria, en la forma metódica, completa y profunda en que éste debe ser realizado hoy, forma que él mismo ha señalado claramente al inaugurar sus lecciones, atestiguando el sentido más exacto y el criterio más moderno en su manera de encarar tales cuestiones. Porque la historia crítica de la literatura argentina está aún por hacerse y en consecuencia quien asumiera la difícil tarea de efectuarla, había de unir a una amplia y honda visión de conjunto de la historia general del país, y a la conciencia de su carácter y de sus modalidades, un espíritu hecho a serias disciplinas literarias, dueño no sólo de conocimientos de literatura universal, sino de conceptos sociológicos seguros, y de la aptitud crítica y analítica para sorprender la verdadera significación de las obras de arte, con relación al medio y al momento en que ellas se produjeron. Bien venga, pues, ese programa, cuya realización ha de proporcionarnos un conocimiento más íntimo de las épocas precedentes, al mostrar en el poema, en la oda, en el discurso, en la novela, en la página doctrinaria o en el panfleto combativo, la influencia de las ideas coetáneas dominantes, de las aspiraciones colectivas, de los sentimientos comunes, de toda la "temperatura moral", en fin, que esas manifestaciones resumen y reflejan.

Y precisamente nuestra literatura anterior al presente, ofrece en casi toda su integridad algo que la hace especialmente significativa desde el punto de vista de la historia general de la república y es su persistente carácter social y patriótico. Nos bastará recordar al respecto que la poesía de las épocas pasadas ha sido preferentemente poesía civil, y que todas las elucubraciones de otro género, desde la novela, como "Amalia", hasta las obras de índole filosófica y política han sido engendradas con material suministrado por los acontecimientos del país, o con un propósito de aplicación al mismo, para concluir cuánto puede inferirse de su estudio metódico relacionado con los hechos de la historia patria.

Esta asignatura de importancia capital había sido hasta hoy descuidada hasta el punto de no contarse en los programas universitarios. Hay que llevar a cabo, pues, en este sentido, una verdadera creación, investigando los viejos archivos de Seguro, Mitre, Juan María Gutiérrez, etc., donde han de hallarse, a no dudarlo, valiosísimos materiales para el edificio cuyos

cimientos acaban de plantearse. El nuevo profesor habrá de estudiar, asimismo, como ha comenzado a hacerlo, todos los elementos del folk-lore nacional dispersos o ignorados, los paisajes nativos, las costumbres, leyendas y mitos del interior, tomando así en consideración factores arqueológicos, filológicos y etnológicos estrechamente ligados a la materia.

La vocación del señor Rojas, su vasta cultura notoria y su fina intuición artística son garantía para el triunfo de tan seria iniciativa. Por otra parte, no es por cierto la menos importante de sus condiciones, la eficacia docente de su exposición, hecha con palabra clara, flúida y armoniosa la cual dando a sus conferencias un atractivo singular, explica el éxito cada vez mayor de las mismas ante un auditorio de que forman parte elementos ajenos a la Facultad, atraídos al aula por la voz prestigiosa del joven maestro.

ALVARO MELLÁN LAFINUR.

Lo qué dirá el futuro

Llora, Marte caído, que tu emblema
ya no fulge en el cielo de los mundos;
llora, Marte caído, no es tu lema
transformar a los hombres furibundos.

Tu reinado de sangre ha fenecido
después de tanta sangre derramada;
tus blasones de orgullo han recibido
la afrenta de la turba desalmada.

Ya el penacho ideal de los afanes
va al tope de la nave mensajera
que riela, conducida por titanes,

por los mares silentes, y altanera
va con rumbo del puerto deseado
donde tiene Minerva el trono ansiado.

F. OLIVER.

Tipos de comedia

Y pues casi todos los hombres alfabetos de Buenos Aires han escrito, por parte baja, una comedia o un drama, o una tragedia, un día me dije: escribe tú también ¡qué demonio! Pero no escribas una tragedia, ni tampoco un drama, pues nunca has visto matar a nadie, sino una comedia que, buena, mediocre o mala, sea la obra de tu juventud. Luego, la comedia hecha, guárdala en un lugar escondido y lejano de toda mano profana y sea, si llegas a viejo, cosa tan difícil y tan poco deseable, como un aura de los buenos tiempos juveniles que remoce, con su séquito de recuerdos, la decadencia de la senectud.

Trata de que la obra resulte lo más "humana" posible. No inventes, pues, ni imagines. Cuenta sinceramente lo que has vivido y lo que has visto vivir.

Y bien, la comedia se hizo, después de una gestación lenta y apacible. Y ahora, antes que la guarde y la entregue a la bonancible y pacífica comunidad de las arañas del "archivo", donde reposa una abigarrada muchedumbre de letra muerta, voy a permitirme presentar a ustedes los personajes, personas y entezuelos con los cuales he ido tejiendo la urdimbre de la comedia. ¡Qué quieren!... es una debilidad paternal. Se trata de "mi gente", de tipos con los cuales he reído, he pensado, he sentido, he lagrimeado... A unos los quiero, a otros los tolero, acaso porque he llegado a comprenderlos.

Si notan por ahí alguna desviación en la línea psicológica, no se curen de ello mayormente. Pueden justificarla, pensando con Sonderéguer, autor de "Los Fragmentarios", que "somos una viva y palpitante contradicción nosotros, los humanos" Y si no quieren justificarla, acháquenla a mi reconocida falta de talento. A la verdad, es dura empresa querer sacar agua de una piedra.

Dicho el preámbulo comience al punto el desfile:

Doña Teodolina.

Mujer de unos cuarenta años. Bien conservada. Tanto que no parece la madre de Isabelina. De origen humilde, casó con hombre muy rico. Enviudó a poco tiempo. Hizo vida regalada y fastuosa que bien pronto dió cuenta del grueso de su fortuna. Vive, ahora, con una renta hartó menguada y todo su sueño es tornar al perdido señorío por medio de un casamiento conveniente de Isabelina. De sus tiempos de boato, conserva aires de gran señora y humos aristocráticos que se traducen en una marcada aversión a las gentes del pueblo. Lleva con orgullo infanzonesco su apellido, como si fuera blasón de una clara estirpe, y rinde a las grandes fortunas y a los viejos prestigios porteños, un tributo tan grande como es el desprecio que le merecen los gringos y los descendientes de las sangres conquistadoras.

Isabelina.

Veinte años cuando mucho. Carne femenina en plena floración primaveral. Rubia, turgente, belleza firme de esas que prometen para después de los treinta una segunda juventud. Mimada toda la vida y acostumbrada a recibir desde adolescente el homenaje admirativo de los hombres y teniendo, además, una plena conciencia de sus atractivos físicos, ha concluido por hacer de sí misma el centro del universo. Toda su misión en la tierra parece limitarse a exhibir su persona. Es una gran coqueta. Para serlo la han favorecido su temperamento frío y el roce frecuente con el mundo elegante, con las gentes mundanas, frívolas, epidérmicas, con esas que consideran una *gaffe* toda preocupación sustanciosa o cualquiera desviación hacia la seriedad efectiva.

Como es incapaz de enamorarse pasionalmente, domina en una forma donjuanesca, las artes de seducción. Gusta esperar a los hombres y afiebrarlos con algunas concesiones, pero no hay miedo de que pierda en el trance la cabeza. Al contrario, como todo lo hace en frío, festeja con una carcajada ruidosa el ridículo aspecto de los hombres rendidos por el amor. Vive en un perpetuo flirt, porque eso ensancha su personalidad, dándole una voluptuosa sensación de dominio.

Es una comedianta del amor. Conoce todas las monerías cautivantes que han inventado las mujeres para sembrar el des-

concierto en la pobre ánima de los pavoneados representantes del sexo "fuerte". Sus bucles castaños, de fibra fina, que riza siempre, dan trabajo a sus manos de monja y son un pretexto para exhibir los antebrazos moldeados, blanquísimos, salpicados de motitas rosadas. Se saliva los labios a cada momento, dejando ver la puntita purpúrea de la lengua. Y con la sonrisa perenne y la carcajada fácil, muestra, con frecuencia mareadora, la juventud incitante de su boca.

Tiene un dominio absoluto del mundo que frecuenta. Pisa con el mismo aplomo los links de Mar del Plata, cuando juega al golf, para lucir las medias transparentes e imantar con poses académicas la golosa mirada de los hombres, que el encerado del Tigre Hotel, cuando baila valsés de vértigo, los ojos adormidos con estudio, la boca semiabierta en sonrisa y la batita de colores frescos palpitante. Alguna mañana de Abril, suele verse por Palermo, vestida de amazona, galopando cerca de las Palmeras y los Lagos, nimbada con sus bucles rebeldes, y llenando el arborío con su risa cascabelera.

Especialista en la esgrima de los ojos, juguetea con la fácil jactancia de los "irresistibles". Mira, algunas veces, a los hombres en una forma que desconcierta: fijamente y con toda la pupila desplegada. No es, en estos casos, la suya una mirada provocativa que enardezca, sino una mansa mirada llena, al parecer, de candor y de inocencia infantil. Otras veces, y esto lo hace frecuentemente porque es diabólica, impregna esa mirada de travesura, de malicia, de leves insinuaciones promisorias, que van despertando en torno codicias masculinas. Y cuando se le ocurre dar el golpe de gracia, se sienta y se cruza de piernas para enseñar con desenfado picante el zapato menudito y el empeine levantado de su pie. En verano deja adivinar los brazos redondos al través de los calados, y luce, en invierno, en la tibieza de los salones, la firmeza de la espalda y el declive suave de su seno níveo.

María Elena.

Tiene hasta veintidós años. Figurita amable, delicadamente delgada, y casi bonita. Dotada de un rico temperamento erótico, es una *amoureuse*, pero no una instintiva sexual. Como buena romántica, gusta adormecerse en ensueños sentimentales y prefiere los coloquios íntimos en la penumbra de la sala o en

la penumbra del jardín a la pública exhibición que tanto engolosina a sus amigas. Femenina, exquisitamente femenina, hay en ella un algo como de dulzura maternal que desarma al más ruín de pensamiento. Es así cómo su compañía resulta un sedante para el espíritu. No tiene, como Isabelina, una atracción carnal conturbadora y enfermiza. Retraída para los extraños, es expansiva, graciosa, parlera y juguetona con las gentes de su confianza. Fácil para las lágrimas, tiene en ellas un recurso infalible de dominación amorosa. Su coquetería no es complicada: se reduce al mimo, al arrullo, a la caricia. En fin, mujer para un poeta, para un artista, para un hombre que tenga en el alma más de Leandro que de Crispín.

Josefina.

Treinta y seis inviernos. Magra de carnes. Tanto que nunca sus vestidos supieron qué cosa eran caderas, ni comprendieron a qué podían referirse los versos sensuales de Darío: “Un rojo rubí se enciende — sobre los globos del pecho”.

Un lunar de pelo se aburre sobre la cara, que es de epidermis rugosa, como globo desinflado, y un ligero bozo, reacio a todos los depilatorios, sombrea el labio superior. Se pinta sin ningún arte, se viste con un mal gusto simiano y usa unos sombreros grandes y estrafalarios, demasiado grandes para tan poca cabeza.

En medio de todo, es una mujer que mueve a lástima porque se adivina en ella ese drama interior que llevan las solteronas adentro, oculto por el pudor femenino, drama incruento de un amor anhelado con fiebre pero que nunca vino. Ella ha sentido, y de qué manera imperiosa, la necesidad fisiológica de amar, y jamás hombre alguno ni siquiera hizo la tentativa de conquistarla. De ahí su nerviosismo, de ahí toda una perturbación orgánica que ha degenerado en una perturbación moral. Ahora es mala, intolerante, de genio agrio. ¡Cómo envidia, en su fuero interno, a los que aman y, sobre todo, a los que se sienten con el alma tonificada por el amor correspondido!...

Con un criterio equivocado, hija de su histerismo, echa a los hombres la culpa de la zancadilla que le hizo la naturaleza engendrándola mujer y no dándole los atributos estéticos de la mujer.

Margarita.

Burguesita de dieciocho años. Maciza de carnes, mofletes colorados, salud exuberante. Tontamente beatífica, sexualmente fría, libre de perturbaciones anímicas. Ríe con la risa sana y boba habitual en la gente gorda. Buena de corazón, opaca de inteligencia, sosa de palabra y una excelente madre de familia para el futuro.

Beba y Jovita.

Chicas de sociedad. Figuritas de esfumino. Cuerpos suavemente menudos que se mueven con una negligé distinguida. Indudablemente producen una impresión de finura aristocrática. Han estudiado delante del espejo el arte de parecer naturales y espontáneas. Saben un poco de música, un poco de pintura, un poco de francés. Son, por lo demás, espíritus playos, incapaces de llegar a los dominios de la pasión amorosa. Gustan del flirt, telaraña de amor que tejen y que rompen a capricho. Son lo que se dice "una monada". Las vemos en los palcos de los teatros de abono engrosando esos ramilletes de chicas que no suspenden sus risas, sus parloteos y sus críticas ni aún en los momentos culminantes del proceso escénico. Candidatas para los deportistas distinguidos, para los clubmen, para los hombres de cabeza vacía y de bolsillo lleno.

Carrasco.

Fría en los cuarenta y cinco años que lleva lozanamente. Cabeza de hombre intelectual. Frente espaciosa, ojos penetrantes, cabello semicano y poco abundante. Usa lentes y usa media barba. Habla con lentitud, silabeando las palabras y dándoles un cierto retintín de sentencia. Sus maneras tienen algo de solemne, algo de olímpico, algo de arzobispal. Su aspecto es el de un hombre tranquilo, aplomado, seguro de sí mismo, pero poco accesible a los demás. Nunca se le ha visto exaltado ni deprimido. Parece que viviera en una especie de nirvanismo afectivo. Vida regulada sabiamente, no sabe qué son alegrías exultantes ni penas agobiadoras. Por eso, su cara se mantiene tersa y fresca como la cara de una chica que no ha empezado todavía a sufrir su romance.

Hay en este hombre un raro predominio del cerebro sobre toda otra manifestación vital. Para él no es empresa difícil inhi-

birse y sofrenar toda baja tendencia orgánica. Y como a ese tranquilo imperio de la voluntad sobre sí mismo debe los éxitos de su vida, ha hecho de ese imperio de la voluntad el estandarte de lo que podríamos llamar su "doctrina". Sostiene que los hombres se van haciendo superiores a compás que se libertan de la tiranía de los sentimientos por obra de la razón cultivada y de la voluntad fortalecida.

A pesar de su aspecto de hombre germanamente frío, no tiene, Carrasco, un temperamento sequizo. El sabe querer a su manera. Es verdad que le asquea, y no lo oculta, la estulticia del común de las gentes, como dicen que le asqueaba a Flaubert, y como suele asquear a los tipos espiritualmente superiores, pero ama a los hombres en conjunto, es decir, cuando están comprendidos en el rubro de "humanidad".

Con su palabra latigante gusta zurriar a los individuos que el comercio diario pone en su contacto. Y zurriarlos no por el gusto de levantar ampollas en la carne débil, sino con una finalidad más elevada: la de propender al mejoramiento colectivo por vía del mejoramiento individual.

El mundo es un inmenso guignol a donde él penetra frecuentemente, como venido *ex-orbi*, para estudiar el "fenómeno humano". Y ha visto que los hombres, como los títeres, están atados a un determinismo superior que los rige. Se hace menester, entonces, convertir a esos títeres en hombres libres, esto es, en hombres que se muevan sin el piolín sustentador.

Todos viven ciegamente como los irracionales. Parecen entes que ambulan o que andan con los ojos vendados. No tienen una visión clara del camino que están recorriendo. Y es que viven con los sentidos en lugar de vivir con la razón. Por eso, en mucha parte, los hombres tienen la culpa de su propia miseria.

Las gentes de baja condición social viven esclavas de sus instintos elementales, y las gentes de más alta jerarquía espiritual son el juguete de esos "instintos suavizados" que se llaman sentimientos. Y vivir a base de sentimientos, es vivir gozando poco y sufriendo mucho. Por ello, Carrasco aconseja: métete los sentimientos en el bolsillo y trata de llevar una vida tranquila, serena, parnasiana, libre de los mortificantes altibajos afectivos; goza la beatitud de no sentir, curado de la pasión del prestigio, de la pasión de la mujer, de la pasión del dinero.

Oh, el dinero... Qué acerba inquina tiene Carrasco al dinero.

Para él es el artificio humano que más trastrueca el orden natural de las cosas. Y sino, ¿qué montaña de convenciones imperinentes no se ha levantado sobre el pequeño disco de la libra esterlina? ¿Y cuántas distancias ridículas no ha abierto entre los mismos descendientes del hombre de las cavernas?

Predica Carrasco la vida simple y consciente. Por eso, admira a Diógenes el Cínico, el más ilustre de los atorrantes y el más individualista de los filósofos.

No hay necesidad de jurar que Carrasco es un individualista *enragé*. El exceso de roce con los hombres ha dejado en su espíritu un dejo de desconfianza gatuna que no logra esconder del todo su escepticismo cordial. Aconseja: no esperes nada de nadie. Y comenta: ¡pobres los que no siembren su juventud, esperanzados en la protección ajena! Y aconseja: sé una pequeña máquina de funcionamiento propio antes que la rodaja inconsciente de un enorme mecanismo. Y pontifica: recuerda que el egoísmo es la *prima ratio* de nuestros actos, que la solidaridad social de que tanto se habla, no es, en el fondo, sino egoísmo colectivo, es decir, una yuxtaposición de egoísmos individuales. Y aconseja: sé, entonces, sanamente egoísta. Sanea tu cuerpo no escatimándole ni agua, ni sol, ni aire. Y aclara tu mente con la gimnasia intelectual sistemática. Y fortifica tu voluntad empezando por vencerte en las pequeñas cosas cotidianas. Con esto y una parva mesa y una cama limpia y un perro amigo, varón libre, podrás contemplar el mundo serenamente y tendrás el derecho de compadecer a los afanosos, a la pobre gente que se desnuda por “llegar”, no se sabe a dónde ni para qué, y a los románticos y a los sensitivos que van peregrinando hacia la tumba con el infierno metido en el alma.

Y un perro amigo... No habla de la mujer. Y es que nunca la ha sentido imperativamente. Además, ha ido aumentando en él la misoginia a medida que la carne, con los años, se iba durmiendo más y más, y que el alma iba asentándose en un célico y venturoso sosiego de remanso. Su espíritu grave, con vistas a lo trascendental, nunca pudo hacer migas con el espíritu semi-infantil de la mujer, tan amante de la quisicosa, de las “nuances” de corazón y de todo lo que brilla y de todo lo que hace ruido.

Evidentemente, Carrasco acentúa demasiado los perfiles de su prédica. Pero lo hace a sabiendas, porque ha leído en Vaz

Ferreira algo sobre las condiciones negativas que necesitan las doctrinas para supervivir. No pule sus ideas porque no se escurran de puro razonables por el discernimiento ajeno, sino que las lanza en bruto para que produzcan el efecto de la pedrada. De ahí su amor a la *boutade*, que lo convierte en persona poco grata en sociedad. Por eso no tiene casi amigos, si bien es cierto que ni los busca ni los desea.

Sin embargo, su caparazón espinosa se suaviza cuando penetra en un pequeño círculo de antiguas y cordiales relaciones. Aquí se le aprecia, se le escucha y se le respeta, y no sin razón, pues no se encuentra a la vuelta de cada esquina un hombre que, como Carrasco, en medio del sensualismo corriente, sea un kantiano militante, es decir, que discipline su vida sometiénola inflexiblemente al cumplimiento de lo que él estima por "deber".

Carlucho.

Tiene veintiséis años. De mediana estatura, delgado, un tanto agobiado de espaldas, los hombros levantados, el pecho ligeramente hundido. Aspecto de un hombre de salud mediocre. Cabellera abundante, cara pálida, ojos tristes y profundos. La palabra es dulcemente mansa y apagada. Hay en sus actitudes un no sé qué de dejación musulmana. Es un triste. Su tristeza tiene una razón orgánica, es una tristeza hipocondríaca. La vida, desde un principio, fué para él ruda, arisca, espinosa. Debió nacer, pues que nació débil, en ricas hopalandas y no expuesto al zarandeo de todos los vientos. Hombre de una sensibilidad quintaesenciada, un cuadro de ternura, una acción generosa, una palabra nazarena, lo conmueven hasta lo más hondo y le humedecen los ojos. Como pocos sufre la tortura de sentir y goza la voluptuosidad que hay en el fondo del dolor. La imaginación en él es una rueda que no se da un punto de reposo. Casi nunca se le encuentra actualizado porque está viviendo para adentro. Vive con fruición su segunda vida, la vida de su mundo interior. Socialmente es un *sauvage*. Así, cuando se encuentra en medio de las luces profusas, del bullicio festivo, del reír desatado, está deseando escapar a su rincón solitario para sumirse en su habitual *nonchalance* meditativa.

Sólo María Elena, con la bienaventuranza de sus ojos, con la dulcedumbre de su palabra, con el encanto suave de su arriño, es capaz de poner un poco de primavera en ese espíritu fatalmente cansado.

Roberto.

Es un vigoroso mocetón de veinticuatro años. Tipo de europeo meridional. Amorenado de cara, ojos brilladores, frente despejada. Se nota en él una supervitalidad física, algo como una borrachera de vida. Parece que tuviera pólvora en las venas, según es de expansivo, exaltado y desbordante. Esta exuberancia de vida se refleja en su verba que es copiosa, vehemente, inflamada; y se refleja en sus actos que son arrebatados, impulsivos, tumultuosos. Está demás decir que es incapaz de la conquista paciente y del esfuerzo dilatado y tesonero.

Su reciedumbre orgánica y su salud de quebracho, tienen como trasunto en el mundo moral, un exacerbado optimismo, una confianza plena en el propio porvenir. Es así cómo dentro de lo que es humanamente posible, ninguna meta le parece inalcanzable. Su filosofía de la vida resulta, pues, harto simplista: todo se consigue con el "yo quiero". No ve que, muchas veces, se hace menester que también "quieran" los demás.

Espíritu elemental, simple, cristalino, sin tabiques, sin vericuetos, sin complicaciones. Y tan es así que a través de sus ojos se le puede ver hasta el fondo del alma. Se entrega todo entero, efusivamente, y con una ingenuidad de niño grande. Sin un adarme de suspicacia, huérfano de malicia criolla, es tan fácil de engañar como don Quijote. Y como don Quijote, tiene la cólera fácil y listo el brazo nervudo. Y como don Quijote, olvida pronto y para siempre los agravios.

Desconoce el equilibrismo diplomático, la equidistancia, el término medio. Su espíritu anda a tumbos; tan pronto en un extremo,—el entusiasmo hiperbólico,—como en el extremo opuesto,—la desesperanza, al parecer sin remedio.

Sus crisis de dolor son cortas, pero tormentosas y ofuscadoras. Tan ofuscadoras que alguna vez sintió impulsos de solucionarlas con el remedio de Werther, y acaso lo hiciera a no mediar la intervención oportuna de un consejo sano, de una palabra amiga. Pero todo esto es en él misantropía volandera. Pronto, muy pronto, sus glóbulos rojos lo reconcilian, de nuevo, con la vida.

Su afición por Isabelina, afición ciega y dominatriz, es una de esas *sottises* que cometen frecuentemente personas discretísimas, pero de un temperamento sobradamente erótico. Su amor, en esencia, es una fiebre carnal que ha ido aumentando con las

dificultades de la empresa y merced a la coquetería felinamente refinada de Isabelina. El mismo está engañado con respecto al fondo de su pasión. Es un romántico a quien le traiciona la lava que circula por sus venas.

Y ya se sabe, cuando el amor más que una conjunción de almas es una atracción de epidermis, tiene la vida corta, pero, mientras dura, ciega a los hombres, y les disloca la personalidad, y los conduce a un frenesí enfermizamente imperativo capaz de arrastrarlos a los extremos más deplorables.

Jacinto.

Alto, cenceño, huesudo. Ha pasado de los cuarenta, edad que disimula tiñéndose el pelo y sometándose a una minuciosa *toilette* de señorita poco fresca. Algunas veces lleva lentes de carey. Los bigotes recortados a la inglesa. Viste con extrema corrección.

Ha corrido mundo y la abundante vida de transatlántico y de hotel le ha hecho dueño de una singular soltura y desenfado en las maneras.

Vida que se ha deslizado siempre a ras del suelo, en estrecho contacto con la realidad de las cosas, no conoce el ensueño ni la visión interior.

Tiene ciencia de hechos, pero menguadísima cultura bibliográfica. Esta se limita a algunas borrosas reminiscencias del lejano bachillerato que rindió a tropezones, y a lecturas intermitentes de libros con asunto super-escabroso. Por lo demás, le “revienta” la compañía de las gentes intelectuales que dicen con palabras que él no comprende, y tratan temas que no le interesan absolutamente.

Prefiere, toda la vida, su círculo, donde él ejerce, indiscutido, el decanato; círculo formado de muchachada “bien”, de patoteros distinguidos que saben divertirse ruidosamente.

Su lenguaje, ordinariamente, oscila entre lo vulgarote y lo chabacano. Cultiva el chiste de brocha gorda, tirando siempre a sucio, y cuando conversa con mujeres se hace el gracioso abusando del “calembour”, y de las frases de doble sentido.

Es rico y atufado de altanería porque sabe experimentalmente todo cuanto el dinero puede comprar.

Su constante peregrinación por el *demi-monde* le ha trans-

mitido una audacia brutal con las mujeres. Pésimo catador de exquisiteces espirituales, tipo amoral y bajamente sensualista, no distingue una mujer de otra mujer sino por su "arquitectura" física. Por eso, nunca ha comprendido a los que aseguran que un poco de idealismo levanta y espiritualiza el materialismo subalterno del amor.

Miguelito.

Muchacho elegante, barbilindo, ágil, desenvuelto. Es lo que se llama en jerga porteña un "rico tipo", un "macaneur". Vivo de inteligencia, tiene la palabra flúida y copiosa y las contestaciones rápidas y oportunas. Espíritu de mujer enjaulado en cuerpo masculino. Alocado, simpático, social. Algunas veces hasta es brillante, pero es la suya una brillantez oropejera. Buceando en su alma se hace fondo en seguida.

Es un fruto neto de la ciudad. No siente el paisaje natural, no siente la atracción campesina. Para él toda la belleza del mundo está sintetizada en la mujer. Pero en la mujer urbana, que es airosa, parlera, vizbirinda y que tiene el atractivo enfermizante de los misterios del *boudoir*. No comulga con la "serrana, — hermosa, lozana, — y bien colorada", del Arcipreste de Hita.

Con todo, no cae en la satiriasis, ni desciende a la burda sensualidad de Jacinto. Gusta, sibaríticamente, del sutil encanto de la feminidad. Ningún deporte como el flirt. Nada que "avise el seso" como las fintas amatorias con una mujer. Promesas veladas, desdenes inexplicables, miradas insinuantes, negaciones "afirmativas", laberinto, caos, misterio... Mundo femenino donde nunca se pisa en firme y donde se "goza" sufriendo, lo mismo que si uno se asfixiara con el perfume de la madreSelva...

La tarea dominante en Miguelito consiste en vivir tejiendo y destejiendo esa especie de "ñandutí" sentimental que es el amorío volante.

En definitiva, un buen sujeto. Veleidoso e indisciplinado en el estudio, nunca llegará a ser una cabeza pensante. Tiene asegurada su carrera política.

Don Ramón.

Ya tiene sus cincuenta años cumplidos. Menudo de cuerpo. Aspecto de hombre arrumbado por una mala salud consuetudinaria. Cabeza un tanto "achinada". Cabello lacio, frente más bien estrecha, cejas pobladas, barba abundante. Toda su vida parece reconcentrada en los ojos, los cuales, con su brillo, están revelando una vigorosa juventud mental. Es de palabra tranquila, segura y entonada.

Hombre de bastante preparación, ideas definidas, inmovibles, cristalizadas. Hospitalario, manso, lleno el corazón de una suave bondad de eucaristía... Claro de espíritu, pero de un carácter encogido, amante de la quietud conventual, enemigo del fragor y de los ásperos roces propios de la lucha.

Tradicionalista y conservador, tiene el culto del hogar, el culto de la religión, el culto de la patria. Su argentinidad raya en el fanatismo. No oculta sus sentimientos hostiles hacia el inmigrante extranjero, por lo común sórdido, ignorante y brutal, viendo en el aluvión inmigratorio un serio peligro de contaminación para las virtudes cardinales del patriciado argentino: la honestidad en el hogar, el respeto a las creencias religiosas de los mayores, y el amor exclusivista hacia la tierra nativa.

Don Casimiro.

Es el arquetipo del *parvenu*. Como tantos, no tenía, al pisar tierra americana, más que lo puesto.

Trabajó con ahinco y la mágica valorización del suelo argentino lo convirtió en hombre rico en el decurso de pocos años. Tiene la cara de un bendito, de un hombre satisfecho de la vida. Tipo clavado de burgués: barriga prominente, inelegancia sanchesca. Los pantalones demasiado largos, plegados como acordeón, dan la impresión de que se están cayendo. Y uno adivina, debajo de esos pantalones, los calzoncillos de franela amarilla. Su rastacuerismo se manifiesta en el enorme anillo que luce en su mano regordeta y peluda y en los brillantes desafortunados que ostenta en la pechera de la camisa. Imita las maneras de la gente de pro, pero es inútil: despunta lo zafio de su origen. Por él dijo Carrasco algo semejante a esto: muchos se ponen guantes para esconder la pezuña.

Es un semianalfabeto que se esfuerza por aparentar que piensa con cabeza propia. Sin ninguna base cultural, e incapaz

de hacer por sí mismo un raciocinio, opina siempre como el periódico que lee. Repite con una prosopopeya irritante, todos los lugares comunes y las frases hechas que se han ido infiltrando en la esponja que es su cerebro.

Ahora que es rentista suele vestir el frac, frecuenta las audiciones del Colón y emite juicios sobre Wagner.

Por lo demás, figura en los directorios de varias sociedades anónimas y va en camino de ser presidente de algún Ateneo. Pertenece a la familia de M. Homais.

Tulo.

Muchachote petizón y robusto. Espaldas de estibador, piernas ligeramente combadas, cogote recio, cara de salud. Adversario temible en el *box* y formidable *back* en los matches de foot-ball. Maneras pesadas, torpes, brutales.

Es, intelectualmente, un negado. Nunca quiso "romperse la cabeza" con el estudio. Su cerebro vegeta somnoliento y como impermeable a las ideas. Habla poco y su palabra es tarda y arrastrada. En su lenguaje abundan las expresiones arrabaleras.

La emoción de la belleza nunca ha conmovido el polvo y las telarañas de su espíritu. Junto a la mujer no siente la seducción aterciopelada de la feminidad, sino que se le avivan los ojos y se le afilan los dientes, lo mismo que si fuera un robusto hijo de las tierras de sol y de cantáridas que fueron patria del valeroso Tartarín.

Baronita.

De la misma casta de Tulo. Excelente musculatura y estampa física que "pega golpe" en Mar del Plata, en Florida, en la platea del Colón. Es todo un elegante, famoso entre los amigos por su nutrida colección de corbatas. Viste trajes de confección impecable. También es el cliente más meticuloso y más "chinche" de su sastre...

Admirador de los sportmen, está al corriente de todos los *records* del mundo. Incapaz de coordinar dos frases, vive "amurado" a sus amigos más inteligentes, como Miguelito, de cuyo auxilio necesita para cualquier empresa donde el biceps no sea el supremo argumento.

El espacio

No será menester que jure que no he hallado una nueva fórmula para resolver el antiguo problema sobre la naturaleza del espacio; si me ocupo en tan viejo asunto, es porque parece tener el encanto de lo inefable y misterioso, que me seduce de tal suerte, que es fuerza que a sus hechizos ceda. Es, a la verdad, fascinadora esa extensión sin límites, inmóvil e indivisible, sin principio ni término en el tiempo, y, aunque perfectamente continúa penetrable; tenuísima y sutil, todo lo circunda, sin ser circunscripta; en ella surgen, se mueven y desaparecen los mundos, y si la naturaleza toda pereciese, ella, la extensión indefinida, sería la única dominadora en la lobreguez perpetua. No sé qué extraña inquietud despierta esa quimera, cuando más presente al espíritu, más desconocida. Parece que al preguntársele ¿qué eres?, os respondiese con el silencio inexpresivo de ciertos ojos de mujer. ¿Será verdad que es algo real, eterno, increado, indestructible? ¿Corpóreo o incorpóreo? "Es un cuerpo, dirá Proclo, inanimado, indivisible, inmóvil e inmaterial". Pero un cuerpo inmaterial e indivisible es absurdo. ¿Luego debe ser una realidad incorpórea? Tampoco es, así, concebible el espacio; porque se le considera extenso, y del concepto de lo incorpóreo, queda excluída la extensión. Gassendi no se maravilla de esto, puesto que lo describe como algo, ni substancial, ni accidental, un ser especialísimo, único, demasiado particular, por desgracia, pues no lo podemos incluir en ninguna de las categorías de los seres existentes, ni entrever en los de los posibles. En vano buscamos una demostración de la realidad objetiva del espacio que no falle; no es una substancia creada, ni increada, temporal ni eterna, corpórea ni incorpórea, aniquilable ni indestructible, ni es siquiera un accidente. Sin embargo, todos tenemos una imagen de ese espacio. ¿Por qué? Kant responde: es una forma puramente subjetiva y a priori de nuestra sensi-

bilidad. Pero por más que parezca irreverencia, no podemos opinar así, porque los psicólogos demuestran que el concepto del espacio es fruto de la experiencia y nuestro sentido íntimo lo comprueba.

Spencer, después de examinar los dos órdenes de hipótesis, termina diciendo: "Resulta, pues, que el espacio y el tiempo son completamente incomprensibles. El conocimiento inmediato que de ellos creemos tener, se convierte, analizado, en una total ignorancia. Si por una parte creemos irresistiblemente en su realidad objetiva, por otra somos incapaces de dar cuenta racional de ella. Por último, la otra hipótesis, la no realidad objetiva del espacio y del tiempo, fácil de formular, pero imposible de imaginar, no hace más que aumentar inútilmente los absurdos." Esto parece evidente: entre el ser y no ser, no cabe término medio; pero sí, por fortuna, entre la realidad objetiva y una forma puramente subjetiva; una abstracción fundada en un aspecto de la realidad, como las ideas universales o conceptos generales. "Según Leibnitz, el espacio y el tiempo no pueden separarse de su contenido, sino por abstracción; pero ese contenido no lo constituyen las cosas mismas, sino las percepciones que tenemos de las cosas. Además, no consisten, como ha pretendido Descartes en los atributos de la extensión y de la duración, sino en las *relaciones* de sucesión o de coexistencia: no son propiedades, sino *órdenes*; es decir, sistemas de relaciones. El tiempo es el orden de los *fenómenos sucesivos*; el espacio es el orden de los fenómenos coexistentes, en cuanto son situables unos con respecto a otros. Si los consideramos *in abstracto*, se aplican lo mismo que el número, no solamente a lo real, sino también a lo posible, y eso es lo que explica su necesidad aparente. En cuanto a su infinitud, ésta proviene de que el espíritu no tiene a priori ninguna razón para limitar el número de las sucesiones o de las coexistencias posibles." (1)

De San cree que no basta el orden de los fenómenos coexistentes o relación de distancia para explicar el concepto formal del espacio, sino que es menester la distancia *voluminal* que existe entre las superficies o partes de las superficies que constituyen el lugar. Los escolásticos, por último, prefieren decir: capacidad apta para recibir los cuerpos, en vez de distancia

(1) BOIRAC — CURSO de Filosofía.

voluminal; porque, aunque se haga abstracción de los cuerpos, aun queda la posibilidad de imaginar el espacio en que pudiesen ser éstos situados.

De estas tres últimas teorías, que no me propongo examinar detenidamente, se deduce que puede intentarse una explicación racional del espacio sin concederle realidad objetiva, ni admitir que sea una mera forma de nuestra sensibilidad externa.

El espacio, en síntesis, es un concepto a posteriori, que surge en nuestro espíritu por la intuición sensible de los cuerpos extensos y coexistentes; la extensión nos hace imaginar una capacidad en la que sean situables y la coexistencia una relación de distancia; con estos elementos nos forjamos la imagen de un espacio ilimitado y eterno, pero que, en realidad, es nada; si no fuera por escrúpulos puramente formales, diría con Demócrito, que es el vacío.

PASCUAL PASSARELLA.

Idealismo y positivismo

El club los reunía a menudo, y aquella noche envuelta en fría niebla, contribuyó a que los dos amigos pudieran hallarse casi solos, lo que no ocurría habitualmente.

Lucio, el mayor de ellos, era un joven de alta estatura y cuyo aspecto daba la impresión de una fuerza extraordinaria, unido ésto a una expresión a un tiempo irónica y dulce. Su espíritu se tornó serio, quizá demasiado serio para sus años juveniles, al ponerse en contacto con sus amigos, Hernán y Eduardo, ambos hermanos por la sangre, aunque de almas diametralmente antagónicas.

Frecuente es, por lo demás, en la naturaleza esa contradicción, que de un mismo tronco nazcan tan diversos frutos.

Quizá la clarovidencia, que es don de las madres, hizo que la de Hernán eligiera para su hijo tan poético nombre. Era éste un soñador, un idealista, pero un idealista en exceso, que hasta el idealismo tiene un límite.

Aquella noche Hernán tenía la palabra y su rostro un momento antes muy pálido, se coloreaba por la exaltación de sus ideas; y de sus ojos negros brotaba extraña llama. Hablaba del dinero, — asunto de eterna actualidad — y había en sus expresiones una mezcla de desprecio y de burla por los hombres prácticos, los buscadores de oro como les llamaba.

Decía de ellos: marchan hacia su objeto, por un camino recto; en vano en medio de él se les aparecerá un Hada que los llame con su enigmática sonrisa; ellos no se detienen; avanzan casi a la carrera, jadeantes, atropellando todo lo que a su paso se opone. Reconozco que a menudo llegan a su objeto, pero desprecio ese triunfo obtenido a fuerza de cerrar los ojos para no contemplar las bellezas del camino.

En cambio, yo avanzo lentamente como quien hace una ascensión. Si a un lado del camino se divisa una flor, voy a

tomarla; ¿por qué dejarla sola allí expuesta a la ardorosa caricia del sol? ¡Eso puede matarla! ¡Cuán bella luce después en mi mano la flor! Con ella tomo de nuevo mi camino y sigo, sigo la ascensión. Mas si allá arriba se deja oír el canto de un ave triste ¿por qué no oírlo? y me detengo y escucho; escucho la voz del cantor triste y sigo escuchando, luego que aquélla se ha perdido, la voz que canta en mi propio corazón. Tarde llegaré a mi destino, mas me llevo todas las flores del camino y el eco de todas las armonías en él esparcidas.

A Eduardo, debió su madre llamarle John; culpable: el almanaque. De genio vivo, inquieto, curioso y emprendedor, es el prototipo de los hombres prácticos; él sí marcha derecho a su objeto. Las flores del camino no le tientan; cuando le sobre tiempo acaso las cortará; ahora no; va de viaje y se embarca en el rápido, pues se ha dado cita con la Fortuna y es ella muy veleidosa, ¡suele cambiar de antojo tan fácilmente!

Así habla Eduardo y lo hace con algo de sequedad al ver la burlona expresión de su hermano.

El amigo ha seguido la disputa con toda la apariencia de la impasibilidad; mas, si sus amigos hubieran hablado con más calma, hubieran podido observar relámpagos en sus ojos y contracciones de sus cejas, signos de encontrados pensamientos. Y es que los dos hermanos, el uno con su idealismo, con su carácter positivista el otro, le recuerdan fases de su propia vida, las dos tendencias que en determinadas circunstancias le disputaban, triunfando momentáneamente cada una de ellas hasta que el balanceo cesó y la balanza se encontró en el fiel.

En una situación de equilibrio se encontraba ahora el espíritu de Lucio. Bastante idealista para no pasar de largo ante la Belleza y el Arte; bastante práctico para proponerse un fin determinado y no extraviarse como Hernán siguiendo todas las encrucijadas del camino.

Cuando ambos hermanos alzaron a él los ojos como pidiendo su opinión, que acostumbraban respetar, les habló con esa expresión de ternura que tan bien sienta a los hombres fuertes. La ternura de los fuertes es incomparablemente más hermosa que la ternura de los débiles. Estos la dan porque a su vez la necesitan; aquéllos la ofrecen, como una compensación que debieran a los que la naturaleza sólo dió debilidades.

Un tierno afecto le ligaba a ambos hermanos; pero, aunque

sentía alguna preferencia por el soñador, quería ser justo y así les dijo: El dinero, la fortuna, lo es todo y no es nada. Puede sorprender, al pronto, esta contradicción, mas me explicaré:

Lo es todo para los que siguiendo la modernísima teoría del materialismo histórico, piensan que el factor económico es la única causa promotora de todos los cambios, de todas las transformaciones sociales o sea de la evolución de los pueblos a través de los siglos. Ellos olvidan que no siempre el dinero promovió los grandes movimientos humanos; que fué por la religión y no por el dinero que millones de cruzados atravesaron los desiertos de la Arabia, para rescatar el Santo Sepulcro, y que por el puntillo del honor se ensangrentaron en luchas legendarias los castillos medioevales. El dinero lo es todo para el avaro, el eterno personaje de Shakespeare, Shylock; lo es todo porque en su posesión cifra su vida; porque todas las energías de su cuerpo enjuto y de su alma vil se ejercen para llenar ese fin.

Para el avaro, es el del oro el más bello color, el más hermoso sonido, la forma más perfecta y a su contacto experimenta la más voluptuosa sensación.

El dinero lo es todo, para el que sin ser Shylock, cree que con él todo puede comprarse y que todo por lo tanto es vendible.

Los reyes de la banca, los favoritos de la fortuna, piensan que ante su oro se abrirán todas las puertas, se humillarán todas las altiveces, se alejarán todos los sinsabores.

El dinero lo es todo para el misero, que dejado de lado por la suerte siente temblar sus carnes por el frío y siente que de sus vísceras sale el grito del hambre.

Mas, al delicado cuerpecito del niño que mecido en dorada cuna tiembla sacudido por el frío que producen los aletazos de la muerte, las plumas, las ricas pieles, las colchas de encajes y de tules no pueden restituirle el calor que se le escapa con la vida.

Pensad en cambio en el niño pobre y harapososo, que por todo juguete tiene un deforme trozo de madera, pero que, en cambio, cuenta con un pródigo caudal de vigor físico. El hará, de ese ridículo muñeco sin ojos y sin brazos, su bebé, hasta su chupón y se dormirá cantándole.

¿Qué puede el dinero para ambos? Nada. El uno con todas

las riquezas de sus padres, no podría comprar al niño pobre su alegría y éste tampoco la compró pues los suyos nada tenían.

Y cuando a la madre desventurada le hayan llevado a su hijo ¿de qué le servirá reposar en regia cama, bajo colchas de púrpura suntuosa, si ha de pasar la noche llorando?

Y al amante engañado en todas sus esperanzas ¿puede el oro devolvérselas?

Ya lo véis; el dinero lo es todo y no es nada, y así en nuestro siglo, unos lo buscan con ansiedad, otros lo desprecian, cosas igualmente poco razonables. En éste como en muchos problemas, la solución es cuestión de equilibrio.

Pasar la vida soñando es acaso hermoso; mas, ¿a qué fin nos conduce? Yo no alcanzo a ver lo que se encuentra, al final del camino que tú sigues, Hernán; Eduardo siquiera se propone algo concreto; pero tú, cuando llegue la época, que tarde o temprano llega en la vida de los hombres como llega en la vida de las aves, en que sientas la necesidad de hacer un nido ¿crees tú que los polluelos se van a alimentar de ensueños?

ADELA C. NÚÑEZ.

De gestis virorum illustrium Facultatis

Prólogo

Me propongo ser el historiador de la Facultad. No espero ser remunerado por el Honorable Consejo. Que otros se encarguen de recopilar cuidadosamente los planes de estudio, ordenanzas y programas, en cuyas líneas duerme la historia oficial de la casa; yo, incapaz de leer, no digo un libro de actas, sino un acta sola, enderezaré por otro camino. La historia de la Facultad no está guardada en los armarios de la secretaría, sino en el archivo animado de la memoria de aquellos que fuimos actores en sus episodios. Porque esa historia la hemos hecho nosotros, los estudiantes, y son nuestras ambiciones y nuestros desfallecimientos, nuestras esperanzas y nuestras decepciones, nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestros alborotos y nuestros silencios, nuestro charlar, nuestro reír, nuestro estudiar, es toda esa diaria animación de los corredores y las aulas, que constituye la vida verdadera de la Facultad.

Relataré los hechos con austera ecuanimidad. Todos pueden tener confianza en mí: tengo a mi lado la balanza de la justicia, previamente revisada por los inspectores municipales. No me atan a nada y a nadie, ni vínculos de religión, ni de nacionalidad, ni de secta, ni de familia, ni de afecto: voy a ser verídico, terriblemente verídico, y si algún nombre propio ha de caer bajo la reprobación de mi pluma, y bien... que caiga! Yo me lavo las manos: no soy yo el que escribe, es Clío ⁽¹⁾. Quizás le falte a mi narración todo aquel rigor metódico que el género exige. Lo confieso: he olvidado por completo las sabias conferencias de metodología del doctor Dellepiane, y aun no he acabado de leer la *Enseñanza de la Historia en las Universidades de Alemania*, del doctor Quesada. Pero otro rehará mi obra.

(1) Debo una advertencia especial a los señores estudiantes del profesorado de historia. Clío no es ni mi mucama ni ninguna tierna amiga, como podrían acaso suponer: es la Musa de la Historia.

Yo, modesto cronista de un mundo que desaparece, acumulo el material, para que otro construya. Prefiero ser el Heródoto y no el Curtius de la Facultad. Bueno; a falta de la toga, que con dignidad severa endosaba Maquiavelo cuando comentaba a Tito Livio, yo revisto un guardapolvo y entro en funciones.

El período mítico

Mis recuerdos no se remontan hasta los primeros tiempos de la Facultad. Ni sé cuándo fué fundada. ¿Han pasado años, decenios, siglos? ¿Que fué una legendaria Facultad de Humanidades que alguna vez he oído vagamente nombrar? Misterio. Misterio oscurísimo. Será necesario encargar a los doctores Ambrosetti y Debenedetti, que practiquen algunas excavaciones, para que sepamos algo de esas edades muertas. Pero yo he conocido, allá en mi juventud inocente, cuando hacía mis primeros pasos en la casa, he conocido a algunos viejos alumnos, canosos por los años y la experiencia, que sabían... Sí, ellos recordaban lejanamente los tiempos pretéritos, lejanamente digo, y eso que algunos eran profesores de gramática.

Y me contaban: seres fabulosos se deslizaban a lo largo de los corredores sombríos, débilmente alumbrados en cada extremo por una linterna o cosa así.

Yo conocí íntimamente a uno de esos héroes antiguos y de sus labios que sólo se abrían para pronunciar lacónicamente la verdad, algo, aunque nebuloso, pude saber. Sus relatos acunaron mi infancia universitaria. Eran narraciones de acciones enormes y heroicas, a cuyo sólo pensamiento nuestros pusilánimes corazones contemporáneos se hielan de asombro y de espanto. Se llamaba Alberto de Diego. Vive, pero ya no es él, ya no es el De Diego típico, insustituible, único, clásico: ahora es el señor vicerrector del Colegio Nacional Sur.

¡Nuestros antepasados comían salame en las aulas, bajo la mirada, no sé si benevolente o aterrada del catedrático! Sí, así era, como De Diego me lo afirmó repetidas veces imperturbablemente con su palabra fidedigna. Y ahora me acuerdo de que no dormí el día en que él me contó la espeluznante historia del profesor que dió su lección a un gato, al cual, fascinado por sus ojos fosforescentes, tomó en las tinieblas de la clase por un oyente atento. Y también recuerdo que me abismé ante él

de admiración aquella otra vez en que juró sobre los manes de la casa, que él había vivido algunos meses en sus sótanos con Rubén Darío y Gómez Carrillo. Nunca, desde entonces, he podido admitir lo que ciertas personas han pretendido certificarme: que Gómez Carrillo jamás ha estado en Buenos Aires. ¡Iconoclastas! ¡Destruir tan impiamente nuestra poesía legendaria! ¡Si lo supiera Ricardo Rojas!...

Pero en vano pretendo penetrar en el remoto pasado. Nada veo, y no me extraña, porque la Facultad estaba entonces, como me lo atestiguaba De Diego, en la casi absoluta tiniebla. Vengamos a los tiempos históricos.

Ciencia

¡Qué hermosos tiempos aquellos de 1904! La Facultad la constituíamos un grupo de ocho, diez, doce muchachos, no recuerdo, del primer año. Éramos los menos, pero hacíamos más ruido que todos los demás. Algunos, como Juan Luis Ferrarotti, Emilio Ravignani, Alfredo Bianchi, Marcos Manuel Blanco (¡ay, todas personas serias actualmente, y abogados dos de ellas!) eran viejos frecuentadores de la Facultad; otros éramos novicios. De Diego, especie de Homero de la edad mítica llegado hasta nosotros, pontificaba en medio de todos. En otros círculos Salvador Debenedetti, Augusto Rivas, Francisco Chelia, Francisco D'Andrea (¿quién los recuerda a todos?). alumnos más adelantados, graves en la apostura y en el pensar, advertían con su presencia al transeunte, que en la Facultad había una nutrida falange de hombres, y si el transeunte hubiese entrado en las aulas, habría visto que esos hombres iban a ellas a estudiar de veras. Pero nosotros, los últimos llegados, teníamos la orgullosa conciencia de ser el alma juvenil de la casa. ¡Qué disputas armábamos! Las clases de Psicología y las de Literatura, cuyos asientos nos arrebatábamos, eran la tela habitual sobre la cual bordábamos las disputas. Todo lo sabíamos. Todo lo destruíamos. Ferrarotti era nuestro caudillo. Traía los bolsillos llenos de libros: en el sobretodo un tomo de paleontología y otro de estética; en el saco, un tratado de teosofía y un drama; en el chaleco, algún volumen de líricas; en los pantalones, fajos de diarios; bajo el brazo, enteras enciclopedias. Todos, a su semejanza, rellenábamos de papeles cuan-

to agujero hallábamos en nuestros trajes. Leíamos, ávidos de ciencia, con frenesí de sedientos, sin admitir que pudiésemos ignorar ninguna cuestión en el orden de los conocimientos humanos y divinos. Después discutíamos y nos insultábamos. De Diego no citaba a Kant sin indicar la página y la línea. Al salir de la Facultad, en procesión, continuábamos la polémica a través de Buenos Aires, pisándonos los talones, hasta acabar por la loma del diablo. Una vez gritábamos tan fuerte que un vigilante nos amenazó llevarnos a todos presos. Y otra vez que asistimos al velorio de la madre de un amigo queridísimo, casi nos hicimos echar, porque, borrachos de ardor polémico, nos pusimos a discutir a gritos una cuestión de estética que nos preocupaba, olvidándonos por completo del lugar y del momento en que estábamos.

Y como las clases de la Facultad no alcanzaban a vencer nuestra rabiosa sed de ciencia, íbamos también de vez en cuando algunos, todos los días otros, a las de Derecho, y aun no satisfechos, aunque cansados, tomamos la costumbre en 1905 de acudir en masa a las conferencias que daba Eduardo L. Holmberg en la Facultad de Ingeniería, *latas* interminables, heterogéneas y pintorescas que sorbíamos como néctar celestial.

El edén

Discutíamos y nos insultábamos en el más delicioso sitio que ha podido jamás crear la pereza de las autoridades de la casa: el patio de la Facultad, el patio de antaño, no afeado todavía por la estufa-heladera de la Biblioteca. Ahora el patio ya no existe: lo han asesinado. ¿Quién recuerda sin llorar el patio de antaño? En el ángulo sudoeste una parra colgaba sus racimos sobre una escalera de madera carcomida que llevaba al sótano, entonces refugio tan amable como tenebroso para los gatos enamorados. Donde hoy se levanta la Biblioteca, dos duraznos entretejian sus ramas, y a la sombra de su follaje, dos bancos hacían nuestra delicia: allí sesionábamos. ¡Nada de vanos aparatos de mosaicos! A nuestros pies la madre tierra. ¡Inolvidables horas del crepúsculo de primavera, cuando desde la reja de la calle los jazmines paraguayos nos enviaban su perfume, el sol doraba las cornisas del alto paredón, y las campanas de las Catalinas herían tristemente el aire sonoro!

Sí, diariamente nutríamos nuestro espíritu de armonía en la contemplación de esos ocasos del fraternal patio de entonces, sin perjuicio de nutrir también el cuerpo con los duraznos y la uva, dulcísimos a fe mía, que no sé si me los hacían parecer mejores mis semi-ayunos. Que diga Caldas, a quien subrepticamente acaban de arrebatarse a la Facultad Ravignani y Matienzo, para mandarlo ¡oh cielos! a criar chanchos, que diga cómo estudiamos nosotros en aquel verano de 1904 a 1905. De cuatro a siete, una media docena de muchachos fuimos infaltables a la cita de honor. Sacábamos un libro del gabinete de psicología, que entonces fingía también de biblioteca filosófica, nos atracábamos de duraznos, nos quitábamos el saco, y buscando un lugar sombreado, nos tendíamos muellemente a dormir sobre James, Paulhan o Ribot. . . Oh!

*¿Por qué volvéis a la memoria mía
Dulces recuerdos del placer perdido?*

Lejos del lector la idea, sin embargo, de que nosotros, viles espíritus domeñados por los apetitos de la carne, nos olvidáramos de hacer ciencia a todo pasto. El edén fué también nuestro gabinete de biología experimental. Allí fué—¡oh día feliz en que tuve la revelación del genio de Darwin!—allí fué donde De Diego, encaramado sobre un árbol, ladrando furiosamente a través de la negra pelambre con que él entonces enmelenaba y barbificaba su cabeza, nos demostró que el hombre desciende del mono.

El cementerio de los gatos

Allí se demostraban también experimentalmente las sabias leyes de la naturaleza, en cuyo seno, como muy profundamente dice un amigo mío, todo evoluciona a fuerza de cambiar, y hasta la hedionda materia corrompida se transforma en dulces y jugosos frutos. Al decir la vil materia corrompida me refiero a los gatos de marras, a los que el portero de la Universidad, el grande y noble Iglesias, daba caza escrupulosamente y enterraba luego al pie del durazno. ¡Pobres gatos! Tan amenos compañeros de nuestros ratos de aburrimiento! ¿Qué ex alumno recuerda sin enternecerse la poética música de sus idilios viniendo a interrumpir oportunamente a algún docto catedrático en lo más somnoliento de su exposición?

La matanza de los inocentes

Desde su tumba los gatos debían de reír cavernosamente. . . . Otras víctimas caían en la casa. El gabinete de psicología olía a sangre. Ritos cruentos se oficiaban sobre su mesa de mármol. ¿Cuántas ranas fueron decapitadas, cuántas palomas descerebradas o descerebelizadas, cuántos conejos apaleados, cuántos perros torturados entre sus muros siniestros? Contad las arenas del mar, las estrellas del cielo, los suspiros de los amantes. . . . ¡Oh, si nos convencimos de que una rana decapitada puede seguir bailando con armonía y distinción! Pero de lo que no nos quedó duda ninguna fué de que un conejo, cuando recibe un formidable palo en la nuca, se queda medio muerto.—Vean ustedes—nos decía el ayudante del doctor Piñero.—Una, dos, tres. . . Y en efecto: cogía el garrote, zás! en la cabeza, y el conejo estiraba la pata. ¡Qué luz derrama la ciencia!

El heroísmo cotidiano

El heroísmo era nuestro estado natural. Nos desayunábamos con hechos grandes, como otros con un par de huevos. Yo me hubiese sentido humillado en lo más hondo del alma, a no haber al menos en cada cuadra lanzado un grito, especie de reto dirigido a los hombres y a los astros. Llevaba el sombrero sobre la nuca, la negra corbata flotante y los botines invariablemente sucios. Todos coincidíamos en protestas análogas. Aborrecíamos a Jorge Cabral y a Gastón F. Tobal, porque usaban camisa planchada y se lustraban los elegantes zapatitos. Bianchi, en las épocas de huelga, se lanzaba a la calle de corbata roja y encendido clavel en el ojal, agitando un diario anarquista bajo la nariz de los vigilantes. Nadie lo llevaba preso. Ninguno de nosotros hubiese tenido el valor de afrontar el desprecio de los compañeros declarando ignorar uno solo de los volúmenes de la biblioteca Sempere. Kropotkine, Bakounine, Malato, Faure, Grave, nos eran tan familiares como la cara de Iglesias. Después nos volvimos todos nietzscheanos. Necesitábamos reformar urgentemente la sociedad. Hasta pensamos fundar una asociación secreta: *La Melinita*. ¡Cuando pienso que el secretario de la asociación debía de ser Ravignani, hoy día feliz dueño de una chacra! ¡Qué caída! De la melinita al chancho. . . Bianchi

y yo, una tarde casi nos hacemos fusilar en la plaza Lavalle por la guardia de seguridad, en holocausto a nuestros ideales. Pero me vengué: escribí furiosos artículos en una revista hospitalaria, anunciando la aurora roja para dentro de brevísimo plazo.

Una magnífica ocasión se nos presentó en 1905, cuando Máximo Gorki fué encarcelado por la policía imperial. Inmediatamente constituímos un comité pro-Gorki, lanzamos nuestra voz al país e intimamos al gobierno ruso la libertad del novelista en un término perentorio. El gobierno no nos hizo caso. La Rusia fué mi sueño de algunos meses. Mi suprema aspiración era vivir en una buhardilla con una estudiante nihilista. Que nadie sospeche mal; no encontré a ninguna.

¡Qué dramas no planeamos, qué sistemas filosóficos no discurríamos, qué revistas no pensamos editar! De todo eso han quedado algunos artículos rugientes o dolientes, perdidos en publicaciones de tercer orden. . .

El amigo del cura

¡Si éramos héroes! ¿Quiénes, como nosotros, hubiesen escuchado hasta el fin, impávidos e ilesos, la lectura de un pavoroso drama de Carlos Alberto Leumann, en cinco inacabables actos, cuya acción se desarrollaba en la Cordillera? ¡Qué frío! Fuí valiente entonces, pero ahora tiemblo. Leumann nos leyó el cartapacio implacablemente en una pieza del Hospicio de las Mercedes, donde él residía como empleado, una pieza helada, húmeda, desmantelada, cuya sola vista ponía la piel de gallina. Yo vanamente pretendía calentarme los pies dentro del canasto de los papeles: el frío arreciaba y en tanto sobre los Andes la nieve no cesaba de caer. . . ¡Qué hermoso drama romántico!

En verdad, no tengo derecho a arrojarle mi piedra: todos fuimos, más tarde o más temprano, verdugos literarios de nuestros compañeros.

Leumann apareció en la Facultad una tarde de aquel año de 1904. Ya nos había llamado la atención su silueta pequeña y delgada y su sobretodo siempre izado hasta las orejas, cuando un día Bianchi hizo correr la voz de que había visto al desconocido la noche antes en la biblioteca de *La Prensa*, hablar

con un cura. ¡Con un cura! Sí, con un cura, que le había dicho: —“Muy bien, amiguito: ¿conque leyendo a Santa Teresa?” ¡Dejarse palmear por un cura y leer a Santa Teresa! Era ignominioso. Nuestra indignación no reconocía límites. Y ya habíamos empezado a reirnos volterianamente de él, cuando Bianchi trajo una nueva noticia: el desconocido se llamaba Carlos Alberto Leumann. ¡Carlos Alberto Leumann, el autor de las *Novelas fantásticas*! ¡Era el autor de un libro! Yo me precipité para que Bianchi me presentara a él. ¡Cómo se sonreía más tarde Leumann cuando le hablábamos de su sospechosa amistad con el buen padre que lo había conocido de niño!

Anarcos

¡Oh, no hablaba con curas él, no por cierto! Es el único que no ha cambiado. Es siempre él, eternamente joven. Anastasi era terrible, el más terrible de todos. Su frase, sólidamente rellena de lechos de Procasto, toneles de las Danaides, Olimpos, Tántalos, Prometeos, caballerizas de Augias y otras yerbas clásicas, se hinchaba como una gigantesca albóndiga, al calor de su elocuencia, hasta alcanzar a saciarnos a todos de anarquía y de revolución. Con ella y sus perentorias gambetas él exigía el pronto exterminio de todas las clases opresoras y el advenimiento de la sociedad futura. Hubo que verlo, magníficamente audaz, lanzar al rostro del Dr. Quesada en los exámenes de ciencia de la educación: “Doctor, retírese. Yo lo recuso”. Y hubo que verlo al Dr. Quesada erguirse como por resorte, y fulminándolo con los ojos y los bigotes, arrojarlo del aula con el brazo imperiosamente extendido!...

Su elocuencia sigue siendo terrible y continúa fustigando imperturbablemente a los tiranos.

Las medias de Almafuerte

De Diego pensó dar nuevos rumbos a la enseñanza de la moral en la Facultad. El doctor Rivarola, titular de la cátedra, estaba ausente, y la ocasión era propicia. “Debemos pedir que lo nombren a Almafuerte” — nos dijo de Diego, y para dar más sólido fundamento a su opinión rompió *ipso facto* una lámpara y descalabró una silla. Su dialéctica era convincente, pero

aún nos quedaban algunas dudas. “¿Por qué a Almafuerte?” — le preguntamos con timidez. — “Porque es un gran tipo que dice malas palabras. . . Se necesitan hombres como él”. Nos había vencido: no había nada que objetarle. Y entonces De Diego, aprovechando nuestro entusiasmo, nos propuso otra idea luminosa: “Muchachos, cuando se haga cargo de la cátedra, debemos regalarle una docena de medias de lana. Es un homenaje delicado, que él sabrá apreciar en lo que vale”.

Introducción de un nuevo culto

Pero no fué Almafuerte quien se hizo cargo de la cátedra. Sustituyó al Dr. Rivarola, durante su ausencia, un distinguido profesor y muy simpático espíritu, aunque inoportuno catedrático de filosofía. Comtista declarado, pretendió convertirnos a todos al culto de la Humanidad. Nuestro texto único fué el *Catecismo positivista*, e íbamos a clase como se va a la doctrina. Poco a poco la nueva fe iba penetrando en nuestros corazones pecadores, y ya habíamos resuelto colocar en los dos nichos del *hall* central las estatuas de Comte y de la Virgen Clotilde de Vaux, y yo había sentido encenderse en mi pecho una irresistible vocación por el sacerdocio positivista, cuando el profesor, interpretando suspicazmente por un *boycot* una casual inasistencia de toda la clase, resolvió presentar su renuncia al Consejo.

Fué llamado en su reemplazo el Dr. Korn, y yo en los exámenes me hice estoicamente reprobado. ¡Reprobado en moral! Es mi más legítimo orgullo. Una señorita compartió conmigo los laureles de la jornada.

El matriarcado

Porque había señoritas y señoras en la Facultad también entonces, no se piense lo contrario. Pocas sí, pero abundantes. No eran las imberbes doncellitas que hoy frecuentan sus aulas: distinguidas matronas muchas de ellas, adornadas de años y de virtudes, eran los sólidos pedestales sobre que se cimentaba el prestigio de la casa. Sería injusto, sin embargo, si no reconociera que alternaban con ellas algunas flores de gracia y de juventud, cuyas manos besó, como me descubro respetuosamente ante las primeras.

La revolución

En tanto los años pasaban y nuevos elementos iban entrando: Alberini, Achával, Ipiña... Un cambio total en el gusto y en las costumbres iba a operarse. He historiado los tiempos antiguos; debería ahora hacer lo mismo con los nuevos. Pero entre ambas épocas se interpone un acontecimiento capital que no puede ser pasado por alto: la Revolución. Tal como digo: nosotros hemos hecho una revolución.

Cuando se llega a ciertas cumbres de la historia, después de una fatigosa ascensión, antes de reemprender la marcha y descender al llano, se siente la necesidad de detenerse a descansar, a recobrar las fuerzas y a meditar también... Yo estoy en una de esas cumbres y es tanta la emoción que embarga mi ánimo, que mi pluma vacila en relatar lo que ve desde ella. Me es menester reconcentrarme sobre mí mismo, para poder proseguir. Por el momento pongo punto final a estos comentarios.

El que lo sabe todo...

Pero no antes de dirigir un saludo al fuerte varón que desde la puerta de la Facultad ha presidido durante tantos años a su agitada existencia. Eterno como el Tiempo, bajo su mirada serena se suceden las generaciones a las generaciones, y él permanece incommovible. ¡Salud, preclaro Iglesias, prez de la Universidad, guardián fiel de nuestro santuario, orgullo de nuestros doctos corredores! Tú sabes apreciar de una simple ojeada cuánto vale cada uno que entra por la gran puerta de roble; tú puedes decir cuánto tiempo permanecerá en la casa y si lo trae el amor de la ciencia o el inquieto hastío que busca distracciones; tú has escuchado a los profesores y podrías juzgar sin vacilación y sin error de su suficiencia; tú has visto más y sabes más que todos nosotros. ¡Y qué filosofía la tuya! ¿Fuiste tú el que escribiste sobre la puerta,

Lasciate ogni speranza o voi ch'entrate?

ROBERTO F. GIUSTI.

Trista

El camino avanzaba entre olmos hacia prados en que moría el sol con dorada y trémula agonía. Ya vaporosos los confines daban sobre la roja planicie penumbras azuladas de olivares, y había cansancio en los aires y languidez en las aguas de un invisible río. Trista hizo sombra a los ojos, la resplandeciente etapa a recorrer acreció su cansancio. Sentóse sobre una raíz y devoró su último mendrugo. Le invadía el sueño golpeando los párpados con sed de reposo, y la ardentía de la senda llagada por pasar de rebaños y golpes de ruedas, levantaba como un manto onduloso a sus ojos rendidos, velo de sopor que era tenue y se volvió sombra traspasada por el cantar de las cigarras. Cayó sobre el polvo. Decía su manso abandono, mansedumbre de frío y de hiel, del hombre injuriado, roto en el pujar de la vida. Bien lloraban sus azares, aquellas canas primerizas y aquella arruga del entrecejo y aquel sonreír amargo, que es agraz de venturas no venidas y largamente esperadas, duro sonreír de vencidos y de tontos que esculpe en los labios un desafío callado o un rictus idiota por los que sale el alma de nieve. . .

Durmió largamente. Al despertar, las estrellas relucían a través del follaje y el viento apresuraba el plañir de cercanos manantiales. Ciñóse el zurrón, tomó la lira y echó a andar bajo la noche clarísima. Grávidos de dulzura los campos se escarchaban de luz, una que otra nube algodónosa sombreaba el azul inefable: en el albor nocturno, lleno de aromas silvestres, las luciérnagas esparcían fosforescencias vagabundas, y sobre su tierno rutilar, como de quebrados luceros, algún ruido de alas volteaba ecos sordos. A veces, alimañas en fuga herían la hierba hecha sonoro tisú por el chirrido de los grillos. Y, en la alta hora, la cándida luminosidad henchía de ternura su sosiego, acariciando los sentidos con la odorífera molicie del

verano campestre. Lejos, en decir de amores una fuente gemía.

Después de salvar por larga distancia el camino de olmos. Trista volvióse. Estaba en plena llanura. Conmovido extendió sus brazos y murmuró su primera plegaria de peregrino. Las lágrimas velaban sus ojos, y su túnica movida por el viento hacía un angel blanco; se alargaba su sombra en inmensa cruz. Por vez postrera contemplaba el horizonte amado en que su ciudad natal lucía como ardiente polvareda: recordó su infancia y a su muerta adorada. Dentro de sí corría algo tumultoso y triste.

— ¡Señor!, murmuró levantando los ojos a la altura, no tengo padres, ni hermanos, ni amigos. Prediqué a los hombres de la ciudad el amor al bien, mi lira cantó sus glorias y ellos me destierran. ¡Que tu piedad alumbré mi juventud consumida!

Arrodillóse y besó la tierra ya extraña. Luego, con paso ligero, fuese bajo la luna solitaria, en la quietud campesina que el susurrar del viento inundaba de pureza melancólica.



Un crepúsculo, los vaqueros volviendo al poblado con el fresco reír de las esquilas, a la luz de Venus, encontraron, tendido en el soto, un hombre de negras barbas. Dábale almohada un zurrón y yacía a su lado polvorosa lira. Dos de los vaqueros detuvieron el paso, meditativos. La respiración agitaba afanosa el pecho del desconocido, moviendo su túnica; el rostro, bajo el arco grácil de los cabellos, tenía el flavo brillar de marfil ensombrecido por los años y decía la fatiga de un viaje sin término. Reposaba como traído allí por el acaso, sobre las hierbas olorosas, al último claror del sol, en la hora suave. El vaquero más alto, mozo de nariz chata y de brazos bastantes a desjarretar un toro, dió con el pie al dormido.

— ¡Eh, vagabundo!

El hombre de las negras barbas abrió los ojos pesarosos y se incorporó.

— Soy un extranjero — dijo, — me llamo Trista. Hace dos lunas que vago lejos de mi patria.

Los vaqueros se echaron a reír.

— ¿Pides limosna? — preguntaron.

— Dadme pan, os pagaré con una bella canción.

El vaquero más bajo hizo cañuto de los labios y golpeó el suelo con la garrocha.

— ¿Por qué nos pides pan a nosotros?

Trista respondió con voz más dulce que la brisa agitando follajes:

— Los habitantes de esta tierra son ingratos, no me han dado más que golpes; pero vosotros sois gente sencilla y tenéis corazones puros.

Una mirada recelosa flameó en los ojos de los rústicos. El más alto levantó un puño cubierto de vello rojo.

— ¡Fuera! — gritó, — si nadie te quiso dar pan tampoco te lo daremos nosotros! ¡Fuera!

Trista tendió sus manos flacas y piadosas, parecía bendecir a los mezquinos.

— ¡Vete! ¡vete! rugieron éstos, avanzando amenazadores. Trista huyó. El vaquero más bajo dijo al otro con lengua que la emoción volvía tartamuda:

— Es el mago cuyo conjuro pesa sobre nosotros. Las cosechas se han perdido y las vacas malparen: su genio maléfico nos hará morir. Avisemos a los guardias del rey.

Trista, medroso, habíase ocultado en el tronco hueco de un árbol. A través de los agujeros de su asilo veía los campos adormeciéndose en paz nocturna, humedecida de amor. Apenas quedaban rastros purpúreos del sol huído y la luna asomaba blanquisima entre nubes: parecía velar la tierra una quietud evocadora de los ángeles cuyos pies hollaban las constelaciones, en las sombras quedas. El corazón del fugitivo regalóse de esperanza suave y clara como el rodar del agua sobre guijarros. Iba a abandonar su escondrijo cuando un ronco vocerío sobresaltó el silencio e hizo más vivos sus temores. Era una procesión de sacerdotes vestidos de blanco a los que seguía gran golpe de gente. Guardias y soldados hacían relucir lanzas, arrojando gritos de guerra y sobre el estrépito pasaban amenazantes los sonos del timbal.

La procesión se detuvo. Un anciano incensó hacia los cuatro horizontes, entre murmullo de rezos. Después, con griterío espantoso, la multitud se dispersó anhelosa, cruel, como la jauría tras el ciervo herido. Trista lloró lamentando la ignorancia de los hombres. Hubiera querido entregarse manso y fraternal, pero el temor le devolvió la cordura y quedóse quieto.

En vano los moradores de la tierra ingrata buscaron a Trista, en vano los sacerdotes imploraron a los genios de las aguas, de la tierra y del aire, en vano los guardias acotaron de fuego la comarca : el mago no fué hallado. Lamentoso y pálido, oraba dentro de un árbol, invisible a las miradas criminales. Pero los soldados prosiguieron tenazmente su cacería, y, entonces, la desesperación iluminó a Trista. Aguardó la media noche, en su angustiada espera oía labios fervorosos que impetraban la muerte del maldito. Cuando la luna dió de lleno sobre su prisión tomó la lira y tañéndola arrancóle un gemido prolongado. Fué una melopea lúgubre y un cantar de muerte saliendo del árbol en espiral diabólica hacia las ramas de plata, tal que éste semejava una tumba viva en que los difuntos despertaran al llamado de trompetas para escarmiento de algún crimen. La voz de Trista se hizo gutural y la melopea acidula en el plañir del viento que llevó a la multitud el pavor de las sombras fúnebres. Trista asomó la cabeza y levantóse lento, lento, con su lira y su cantar. El gentío quedó inmóvil, atado por el pánico. Trista, entonces, saltó fuera, erizados los cabellos, brillantes los ojos, blanca de luna la túnica, y su voz volvióse estridente y sus dedos azotaron frenéticos las cuerdas musicales : parecía el espectro que, en la región, devoraba los muertos, a orilla de los lagos. Ni un grito salió de la negra muchedumbre, torvo, por encima de ella sonó un graznido. Después, al avanzar de Trista sacudióse alelada, chocó entre sí y desparramóse por fin con desbande de agua fluvial rota en las peñas más altas, bajo una tempestad : desbaratada, ciega, demente huía, y, sobre su tumulto, las fogatas distantes prolongaban siniestros resplandores. El suelo cubrióse de lanzas y de picas.

Trista quedó solo bajo la luna, un sollozo escapó de su pecho. El horror al misterio, flotante en la frágil conciencia humana, le había salvado. Quedó largo tiempo pensativo, lejos las fogatas lamían la tierra, el viento soplabá inhospitalario y cruel. Pensó que la aurora podía quitarle la vida y echóse a correr. Cuando salvó los lindes de la comarca palidecían las estrellas.



Cinco lunas se encendieron durante el viaje de Trista. Cinco lunas que alumbraron con luz fraterna y abundosa en olvido a quien laceraban los hombres más hostiles que el fuego tórrido del sol. Páramos y vegas, montes y tembladerales, habían señalado en la fatiga del mísero, dolientes etapas que volvían en su añorar como incendiados pendones fulgurando entre humo; pero ni una queja salió de aquellos labios, escabel de los divinos amores, ni un gesto de aquellas manos movidas por el bien. La pulpa del cardo, algún fruto al azar recogido, y los huesos que desdeñaban los canes, fueron su rudo yantar, y, así, magras pitanzas y sueños sobre cojines de rocío trastornaron su figura en fantasma cadavérica, de convulsas manos y rutilantes ojos, cual astros luctuosos en el cielo de su mirar eternamente dulce. Y ese muerto animado iba manso por el mundo, diciendo palabras de fraternidad y ensueños de irreveladas venturas más suaves que el requerirse de las tórtolas en un crepúsculo sereno, al llorar del agua entre las rocas, y sus pies cárdenos hollaban los guijarros cual si fueran tapices y él hablaba a los hombres cual si fueran sus hermanos. Pero éstos aventajaban a aquéllos en dureza, y el fugitivo, temiendo herirlos, callaba cuando le herían. De noche, al asilo de algún árbol, imploraba perdón para los extraviados y su espíritu volvía a la quietud de los años de la infancia, mientras el sueño le abrazaba el cuerpo, lánguido y perezoso, como una mujer que se ama y que tiene aroma en los besos y paz en las pupilas. Dormido veía, a veces, una escala toda de plata, que salvaba las estrellas y por la que subían sus anhelos figurados en ángeles a una atmósfera luminosa, y era purísimo el sonreír que a sus labios, entonces, asomaba.

Esa mañana, Trista, después de cruzar un bosque, dilató los ojos llenos de júbilo. Verdeaba ante él, bajo el rubor del cielo, una comarca de colinas herbosas que la frescura primaveral hacía macizos de esmeralda transparente y la comarca extendíase igual a un manto de felicidad, rica en arroyuelos y sembradíos hacia esplendorosas iontananzas. Aceleró el paso, llegaban a su oído cánticos y voces graves. Los ecos se hicieron más distintos: comprendió que los moradores de la región celebraban las fiestas de la agricultura. Ahora veía relucir innumerables guadañas y los cantos corales repercutían majestuosamente en el aire diáfano, al compás de flautas; bueyes blancos

movían su testuz ceñido de rosas y bandadas de palomas esparcían con su volar el recogimiento de la fiesta sagrada. De pronto cesó todo rumor y sucedió una calma ansiosa entrecortada por el tierno murmullo de las alas. Trista vió que se acercaban presurosos tres ancianos.

— Eres el Esperado, — le dijeron arrodillándose. — Tu pueblo te aguarda.

Trista pensó en un milagro de la suprema sabiduría y vió en aquellas canas venerables tres luceros portadores de la misiva celeste. El reposo de su corazón se apagaba en beatitud: quedó inmóvil, rezando. Haría de su reino la sede del bien sobre la tierra y su vida no sería inútil. Blancas visiones, las de los ángeles en la escala de plata, volaron por sus ojos. Puso las manos trémulas sobre las cabezas de los enviados y fuese con ellos.

Una carreta cubierta de guirnaldas, que arrastraban dos bueyes de cuernos purpurados, le esperaba. Por un momento onduló en la silenciosa expectativa el quejido de las flautas tañidas por un coro de doncellas, cuyas sienes ornaban espigas brillantes de rocío. Al paso lento de los bueyes la carreta se puso en marcha. Trista oprimía su lira contra el pecho, el viento agitaba sus largos cabellos tendiéndolos como un fuego de inspiración, y el mirar de sus grandes ojos negros, su crecida barba, la túnica rotosa, uníanse dominadores en la claridad de un ser profético que aureolaba el sol. Oyóse un clamor vastísimo: el pueblo saludaba fervoroso a su rey. Volvieron a sonar los cantos y chocaron juntas las guadañas con estridor unísono de hierro nuevo. Trista miraba a aquella multitud que sería la arcilla de su obra clarísima y veía brazos extendidos y labios en que las palabras eran miel. Levantó las miradas al cielo ya candente y un culebreo de llamas le veló el mirar. En los follajes próximos gorjeaban ruiseñores.

Los bueyes habían detenido el paso. Trista descendió de la carreta y avanzando entre lluvia de lirios y férvidas aclamaciones, llegó a un solio argentino de tan claro brillar que parecía, bajo los pliegues purpúreos del dosel, la luna surgiendo, tras vapores, en un crepúsculo de estío. El más anciano de los enviados ciñóle una áurea corona y le dijo ante la afanosa atención del pueblo:

— Te anuncié nuestro último rey, postrero de su dinastía

en su lecho de muerte: vendrías haraposo y rendido de la región del bosque, con una lira en la mano. Bienvenido seas. Este pueblo que te rodea es el tuyo y espera tu ley.

Trista se levantó. Abierto y sin límites se extendía su reino bajo la magnificencia matinal que el sol avanzando en su carrera trocaba en inmarcesible resplandor de oro puro: oro los sembrados, oro los arroyuelos, oro los caseríos, oro las colinas: un fulgor ondulante que cortaban las guadañas con quietos relámpagos y que el viento movía en azares de luz. Ese era su reino, ése sería el reino del Espíritu.

Tendió su diestra y su amor a los hombres desbordó en palabras de severa sencillez. El pueblo le oyó recogido, inclinadas las cabezas como si pasara sobre ellas una nube de fuego.

Y, así, comenzó el reinado de Trista.



Cuarenta veces había mostrado la luna su redonda faz de plata al nuevo rey, cuando el tuerto, jayán de establo, dijo al filósofo:

— Esta noche el Esperado saludará al otoño desde la Victoria de oro. Yo le arrojaré un lazo al cuello y tú lo juzgarás ante el pueblo.

El filósofo rascóse la joroba contra el muro, y respondió moviendo afirmativamente la calva habitada por dos pelillos solitarios:

— ¡Bien!, trae mucha gente.

Y, de braceró, el filósofo y el tuerto fuéronse a beber.

Era el filósofo más que un hombre un roto embutido de carne amarillenta y lasa, que sostenía dos ojuelos suspicaces como vigías del mal en su brillo parduzco, no sombreado de pestañas. Ojuelos combos, oteadores de trances que provocaran hieles sentenciosas a sus labios puestos sobre boca tan huérfana de dientes como apadrinada de injurias. Ojuelos en que el mirar se agazapaba para relucir traicionero a flor de aquella pasa de higo, que, burla burlando toda cosa sin jugo, a guisa de rostro, en momento alegre, le diera natura. La nariz de fresa, esculpida, tal vez, por zalagarda de puñetazos, clavaba una lanza en el rastrojo de sus mostachos y barbas incoloras. Sus grandes orejas, zahurdas de suciedad, ofrecían

asas al pote de una calva buída e ignorante del agua. Cierta chusco llamó su joroba el embarazo de la perfidia y el salto de un mosquito ese su andar, acompañado de brazos tan largos que le aparejaban al simio. Era su túnica el espejo de la mugre y con ella podía envolver el alma tan misera como sus sandalias revejidas. El olfato advertíale a distancia avinagrando el gesto. De mozo abandonó su patria e hizose un sabio; de viejo quemó su biblioteca, llamóse un hombre libre y volvió a la patria. Odiaba a Trista y dábanle los puños del tuerto reposorio a su único, miedoso amor en el mundo. Ellos le sirvieron de égida contra golpes hambrientos de su carne filosófica y puntapiés femeniles. Trista le había infligido cien varazos: diez por reincidencia en la embriaguez, noventa por atentado al pudor. El mentaba los casos con su marrullero confidente, y la ira entonces le labraba en la carne una caricatura ominosa, que aquél borraba con vasos de mistela. Unía a su apodo el de verraco.

Aquella noche, Trista se ciñó la túnica más bella, puso sobre sus sienas la corona y tomó la lira con manos empapadas en esencia de verbena. Después, seguido de sus guardias que llevaban, por sables, flores, bajó de su palacio de piedra. Más bello que los dioses resplandecía en su beldad la dulzura de un santo. A su cuidado floreciera el reino como vegetación lozana al ojo del prudente jardinero. Sus súbditos, antes idólatras, conocieron un dios espíritu y las sendas el blancor de las estatuas. La beneficencia común, el respeto a la justicia, motiváronle versos que figuraban escritos en todos los portales. Los niños educábanse en el amor a la humanidad. Una vez abolida la casta militar, convirtiósese en juez y caudillo de su pueblo. Era, así, el reino, mística diadema de ternura y de ilusión que él ofrecía beato a sienas inmortales. Un simulacro de la victoria humana labrado en el oro que halló en las arcas remató su empresa y ante admiración unánime hizo levantar sobre granito, áurea mujer en cuya frente rutilaba un lucero de celeste fulgencia, símbolo del bien, más claro todavía al abrigo de dos alas peregrinas que decían de la verdad y de la belleza. Los fastos y el vuelo de las estaciones florecían en odas los labios de Trista y él, esa noche, a la sombra del simulacro magnífico, saludaría al otoño.

Negreaba la multitud cuando llegó a la plaza. El zumbar

de las abejas en torno a los panales nunca fué tan dulce al corazón de Trista como el batir de palmas de su pueblo generoso. Abandonó su séquito y penetró en la muchedumbre. Cayeron nuevos aplausos. Trista había llegado al pie de las gradas monumentales. Un silbido rápido, procaz, hendió el aire. Llevando en hombros al filósofo, el tuerto guiñaba su único ojo, feliz con la travesura que acentuó el golpear de sus abarcas ferradas. Vociferó amenazante el pueblo, pero la voz atiplada del filósofo le contuvo.

— ¡Viva nuestro padre, el Esperado!

Trista miró sombríamente al filósofo, que agitaba bondadoso y entusiasta un blanco gorrito de lana; en torno a él pululaba una multitud de gorritos iguales extendida entre las masas de pueblo en largas filas ondulantes como los tentáculos de un pulpo chupando la presa. Lastimado por la angustia, Trista saludó de nuevo.

Habíanse tendido los guardias en el suelo y la muchedumbre contemplaba absorta aquella blanca figura que ascendía por las rojas gradas llevando en las manos una lira. Trista llegó a la basa del pedestal. La luna, dando sobre las alas de la Victoria, hacía turgentes en luminosidad nevada los brazos y pechos de oro, y nielaba el ropaje simbólico tendido al soplo de una brisa ilusoria. Grande y puro, como caído del azur, el lucero ponía sobre la frente gloriosa esplendores siderales. Trista, inmóvil, cubierto por la mágica fluidez, contemplaba aquel gentío mudo sobre el que las estrellas esparcían sosiego. Límpida la noche anunciaba el otoño, muy lejos, parecida a nubes nacientes, perdíase una cordillera y los campos reseco estaban cubiertos de nieblas argentadas. Subió al corazón de Trista una embriaguez que hizo lúcidos sus ojos penetrantes, vagaron éstos por los campos muertos y posáronse en el amenazador tumulto de los gorros de lana; después, echando atrás la cabeza, hirió los bordones y un arpegio voló hacia las sombras serenas. El silencio volvíase tangible malgrado la agitación que cundía en el pueblo ya sacudido por extraño rumor. Eran las nupcias sagradas del cielo y de la tierra eternamente genitora lo que cantaba aquella voz siguiendo el correr de las manos sobre la lira de marfil. Ricas y fluyentes mecíanse, flotaban las notas en el canto, rodando luego como aves heridas de muerte. El viento acariciaba manso la túnica de Trista y la

multitud callaba. De pronto sonó un chasquido, igual a una culebra el lazo arrojado por el tuerto enredóse en la cabeza de Trista e hizo caer la corona; aleve, titubeando, golpeó luego la lira, que rodó por las gradas con gemido humano. Estallaron gritos. El filósofo descargó un puñetazo furibundo sobre la cabeza del tuerto. Trista había quedado ileso e imperturbable miraba a la multitud. El pueblo arremolinóse y un horrible clamor apagó la vocecilla del filósofo. Este, impacientado, mondó una naranja, el tuerto encogíase, temiendo un nuevo puñetazo; ambos estaban seguros entre las móviles murallas coronadas de gorros blancos. Algunos pugilatos sonaron dispersos, entre rudas interjecciones; la vivacidad del encono iba a trocarse en batalla campal, cuando Trista, tendiendo sus manos fraternales, dijo con voz segura:

— Hermanos míos, se me ha injuriado, muchos responden a esa injuria. Estoy dispuesto a escuchar y a hacer justicia, aun en mí mismo.

— ¡Bien! — gritó el filósofo, tomo la palabra, — y apoyando las manos sobre la cabeza del tuerto sonrió malignamente, luego descubrióse saludando con el gorrito. Su tos prolongó la pausa ansiosa. Como alguien pidiera que castigasen con la cárcel su osadía, respondió:

— Mi palabra es venerable, la uso por voluntad de mi rey, — e hizo un cínico gesto de obediencia. Algo nauseabundo, despedido por mano certera, se estrelló en su rostro: limpióse nerviosamente y contuvo una obscenidad; en sus ojos sin pestañas brillaban lágrimas de ira.

— Me llaman el filósofo, — dijo, — poco importa mi verdadero nombre. Soy súbdito tuyo y me confieso causante de este alboroto. Has de saber, mi dulce rey, que te odio, te odio por los varazos recibidos y te odio por ese amor indistinto y estúpido que profesas a la humanidad...

El pueblo conmovióse agitado en un sordo oleaje de cólera. Las manos de Trista se alzaron como palomas de candor:

— Paz, hermanos míos.

La voz rodó enterneciendo los corazones. Un enorme garrote mecíose en el aire y cayó a los pies del tuerto; éste cerró el ojo, medroso ante el ataque, los talonazos del filósofo sobre su pecho, le hicieron brincar.

Se oyó de nuevo al orador, hacia grandes esfuerzos para

ser oído, mas a corta distancia su voz moría con zumbido de insecto. El tuerto ayudóle repitiendo sus palabras y la atención fué más viva. El filósofo acusaba a Trista de haber corrompido al pueblo con la mentira de un amor y de un Dios omnipotente, declaraba lo bello un sofisma y pedía el culto de la naturaleza. Sus palabras, repetidas por el tuerto, llenaban la atmósfera de sutil veneno. El discurso fué largo, entrecortado de imprecaciones y gestos incisivos; golpeaba sobre un solo tema: la naturaleza, la primitividad humana, el instinto redentor. Terminó erigiendo el hambre y la lujuria en bases del gobierno; el filósofo reclamaba, por tanto, que Trista abandonase el trono. Tenía la frente húmeda de sudor y se hallaba fatigado, pero aun le quedaron fuerzas para gritar despreciativamente con su boca fétida.

— ¡Poeta! ¡poeta! ¡poeta!

Sonaron risas distantes, las palabras del filósofo, ahogadas en ridículo por los fieles a Trista, hicieron más compacta la multitud adversaria. El silencio que sucedió estaba lleno de amenazas. Ensombrecido por aquella hilaridad sin convicción razonada, Trista prorrumpió:

— ¡Alcanzadme la lira!, palabras tan insensatas no merecen una respuesta.

El filósofo, haciendo muecas, se puso en jarras sobre los hombros del tuerto. En sus labios jugaba una sonrisa falaz, parecía guardar una razón centelleante, su calva tenía el brillo de la miel. Con dedo raquíptico señaló a Trista:

— Amas la verdad, en nombre de ella te hablo. Aquí te creen un ser divino. Responde: ¿quién eres tú?

Se oyó la clara voz de Trista:

— Soy un hombre simplemente y porque os amo me ilumina Dios.

— ¡Pueblo, te han engañado! ¿oyes?

Nadie respondió, la muchedumbre se apretaba como rebaño que amenaza el lobo. Mirábase angustiosamente a Trista en medio de un silencio feroz. El filósofo lanzó su gorrito al aire recogéndolo con el índice, y prosiguió, severo:

— Nos amenaza el hambre, la sequía ha devorado las cosechas y tú nos insultas cantando a la sombra de una estatua de oro. Es necesario fundirla para lograr moneda.

— ¡Nó, nunca! — respondió Trista con acento en que se

perdía un ruego. Sus brazos abiertos protegían vehementes la vencedora imagen del espíritu.

El filósofo soltó un chillido glorioso y prorrumpió dirigiéndose a la muchedumbre:

— Pueblo de mi corazón, ¿sufrirás que tus intestinos se vuelvan pífanos?

Había arrojado sus sandalias subiéndose a la ancha cabezota del tuerto. El viento levantábale la túnica y dejaba desnudas sus piernecillas amarillentas cubiertas de lanugo gris. Para avivar su oratoria el agudo dialéctico hacía visajes, apretándose el estómago atarazado por un apetito prematuro. Reía. Algunas voces de protesta murieron estranguladas en griterío. Los parciales del filósofo clamaban estentóreamente:

— ¡Sús, a él!

Huyeron los guardias de Trista cobardes y presurosos arrojando sus armas perfumadas. Hubo en la multitud un movimiento pesado como de charca que un guijarro sacude, después remolinos enérgicos y gritos ahogados. Un sordo vivó a Trista y cayó bajo puños furiosos que resonaron en su cuerpo infeliz. Desbordóse por fin el hatajo chillante y sómbrio en oleadas enloquecidas. Las palabras del filósofo encandecían el desorden cual ave fatídica revoloteando sobre un campo de crimen:

— ¡El hambre! ¡el hambre!

Trista veía brazos formidables, bocas deshechas en insultos, deprimidas frentes: todo un pueblo que le vejaba y, ante esa ingratitud, algo tibio, desde adentro, le tocó los ojos y sus pestañas húmedas brillaron. Un salivazo del tuerto le dió en el rostro:

— ¡Hermanos! ¡hermanos míos!

Nadie le oía. Un gañán vociferó:

— ¡Vamos a matarlo!

El filósofo acudió diligente:

— ¡Dejadlo! — objetó. — ¡que se vaya en paz! — y apoderándose de la lira de Trista la hizo pedazos. Sentía punzar sus carnes el escalofrío del dominio: su figura aciguatada tomó una actitud imperativa:

— Daremos fuego a su obra y me levantaréis una estatua módica, de arcilla — exclamó, restregándose sus manecitas semejantes a arañas.

Trista descendió resignado. Un tufo canallesco le rodeaba.

El tuerto había repartido silbatos y miles de bocas ensordecían el aire: era una música agria, monstruosa, que acompañaba el batir de los pies sobre el suelo tonante con gruñido opaco de tambor. El filósofo la dirigía usando una sandalia a modo de batuta. Trista avanzó en medio de la turba, y, viendo un claro, huyó. Llegáronle injurias amortiguadas en golpear de plantas perseguidoras, después no fué más que un doble rumor afanoso y pertinaz. Volvióse y divisó al filósofo.

— ¡Trista, mi querido Trista! — gimió éste usando la mano a guisa de cornetilla, — te he derrotado, haz lo posible por consolarte y acepta un consejo: vive en aquellas montañas un eremita llamado Fabián que es el más justo de los hombres; en él hallarás el sumo bien que buscas. ¡Adiós!

Y fuése silbando, con su joroba flácida.

Trista quedó solo. Nitida, a la claridad lunar, resplandecía la Victoria de oro y sus grandes alas conjuraban una esperanza suprema. Repentinamente la vió oscilar y caer. El mísero contuvo un sollozo y alejóse desesperado. Poco después un penetrante olor de cosa ardida traspasaba el aire. Trista volvió los ojos hacia su antiguo reino y divisó una vasta claridad rojiza aplastada por negros nubarrones: semejava la aurora. Algo como saetazo del destino hendió su pecho bajo la noche amarga, con saeta quejumbrosa. Y se tendieron dos brazos y rodaron lágrimas ante las llamas.



Nieve en la montaña, traidora nieve que azotaba la piedra con el desgajarse de los abetos, a golpes de reciedumbre pavorosa y un brillar trémulo como fulgir de hachones en su lívido cristal. Arriba, nubes pardas, nubes grises: un desencajamiento tumultuoso de los cielos en que el invierno cuelga heladas lejanías; el viento restregábase en las cimas, cantaba, silbaba, rugía y todo el llorar de los oquedales, todo el gemido de las gargantas que por años no estremece sombra viva, despertaban en aquel rugir como de pechos esclavos en arrebató sacrílego. Más allá, ante fondo acuoso, altos picos fantasmales y nubes también pardas, también grises, volando sobre la satánica pureza de un infierno de nieve. El crepúsculo caía.

— ¡Fabián! ¡Fabián!

La voz se perdió volviendo desflecada en ecos, despedida en su rebote contra flancos de móviles alburas, y la huraña tempestuosa pareció animarse, vivir en las palabras sollozantes.

— ¡Fabián, justo entre los justos!

Trista se había detenido: los pies sangrando, hinchadas las venas, suspendido en resollar el esfuerzo prodigioso. Un eco llegó dulcísimo.

— ¡Aoh! ¡oah! ¡aoh!

El peregrino irguióse. Sus manos guiadas por la voz salvadora arañaron la nieve escurridiza.

— ¡Fabián! ¡Fabián!

La ascensión recomenzó bajo el sordo estrépito del nevar apaciguándose más fino y lento. Un crujir de músculos cimbraba la respiración ebria de porfía, gotas sangrientas marcaban un sendero luminoso bajo las plantas del peregrino, y su mirada hundíase dominadora en el blancor de las faidas amontonado en crecientes bloques como lágrimas ciriales, cada vez más grandes que el pábilo consume.

— ¡Aoh! ¡oah!

Trista tendióse boca abajo, había llegado a una explanada que amurallaban oblicuos picachos. Sus pupilas interrogaron ávidamente la inmensidad manchada de penumbras crueles.

— ¡Aoh! ¡oah!

El desventurado no pudo gritar y respondió golpeando el hielo. Lánguida, ya, caía la nieve ondulando en el aire deshecha y dormida. Las cimas próximas ahogábanse en noche. Trista se puso de rodillas.

— ¡Aoh!

Una sombra delgada se movía allegando rumor de hierro. La sombra se detuvo, arqueóse inquiridora y avanzó hacia Trista.

— ¡Hermano mío!

La voz del peregrino se cortó. Aquella sombra hería el naciente fulgor de la luna con expresión sobrehumana. Un hábito monjil sobre el que desparramaba el viento barbas grises cruzadas por llares sosteniendo un cráneo en cuyas órbitas el viento se partía, uñas aciculares y larguísimas en las manos, que velaban los ojos y en los pies amoratados, hablaban de un sortilegio vuelto horrible por aquel capuchón culminante sobre las rugosidades del hábito como un filo de peñasco. La sombra quedó inmóvil.

Trista imploró:

— Vengo por ti en pos de seguro. El amor a los humanos me ha llevado a tu montaña. Tengo hambre y frío.

Levantóse a tientas. Había cesado de caer la nieve y el cielo ya nocturno abríase en zonas de claro azul. Sobre las aristas hostiles se derramaba una viva luminosidad violeta y era dulce la luna, en la soledad vacía, con su cándido brillar.

Una voz como de fantasma perdido en pesadilla salió de la boca oculta por la pelambre gris:

— Se acerca el fin de mis días y temo proximidades impuras. ¡Vete, por mi salvación te lo pido!

La voz apagóse, susurró, después, implorando:

— Ruega que mi cuerpo se vuelva lirios y mi alma luz.

Trista sofocó un grito: aquel espectro de la beatitud se alejaba inmovible y duro sin volver una mirada. Tendió las manos al cielo límpido y espolvoreado de estrellas, y lanzóse enloquecido por el desierto blanco. El silencio invernal se desgarró en sollozos. La sombra de Trista arrojaba figuras de demencia sobre el albor iluminado; el mísero buscaba la muerte y de sus labios salía el grito ardiente como dardo en llamas:

— ¡Hombres, hermanos míos! ¿no hay piedad para mí? ¡yo os amo! ¡os amo!

Estaba al borde de un abismo alucinante, más negro que una tumba: atraíale la muerte fiel y apaciguadora, con reclamo de misterio. Por un momento sus manos temblaron en el vértigo, después, horrorizado, echóse atrás.

— ¡Perdón! ¡perdón!

Imploraba a alguien, mas sólo el viento le respondía trayéndole ecos de salmodia funeraria. Su sombra relucía en la nieve magnética y clara como hecha de pupilas infernales. A ciegas logró un desfiladero, camino de abajo. Quería llegar al valle, y en su imaginación, por trueque insólito, veía los regatos y el humo gris que subía de las aldeas coronando una existencia para siempre despojada de fervor. Se apagaría como una candela egoísta y alba en su propia luz: ni lágrimas ni risas a su muerte. Este pensamiento le angustiaba, clavando en su fe una cuña de fuego. Hubiera deseado ser soplo, nube o sol para volcar sobre los humanos el poderío de ternura hundido en su pecho, cueva recóndita. El pensar lo atajó aliado a la fatiga. Rodeando el montículo que le daba apoyo sonreía la eterna blancura.

Permaneció largo rato más inmóvil que aquellas cimas, bajo la torva dureza de una fantasía tocada de sombra cual las fajas de nieve que lamía la noche.

Despertóle un ladrido. Lacerioso y gemiente un hombre pelirrojo que guiaba un perro se le acercó:

— Te he oído, — dijo; — en castigo de un crimen me abandonaron en esta montaña y no podré volver sino con dos ojos humanos. ¡Dame los tuyos! ¡mi amada es tan bella!

Los dientes del perro brillaron acerinos. El pelirrojo abrazaba las rodillas de Trista.

— ¡Dame tus ojos! ¿no amas a los hombres?

Trista se arrancó los ojos y los tendió al réprobo: ardian como estrellas.

— ¿Quién eres tú, divino?, todos me odian y tú ¡ah, divino!

El pelirrojo contemplaba arrodillado la dádiva fulgurante, y sus palabras salían con hipo ronco. Trista aventuró las manos, extraviado. La sangre cubría su faz con espesa máscara roja, caía en gotas tibias manchando la túnica desde las fuentes sombrías. Al tocar las órbitas, sus dedos hundiéronse, le oprimía la garganta un anillo tenaz, figuras monstruosas danzaban ante él en una noche sin límites.

— ¡Tengo miedo, hermano, no me dejes solo! — imploró.

— Toma mi perro, conoce la montaña.

Trista seguía tanteando:

— Llévame hasta el valle; ¡por piedad no me abandones!

El pelirrojo miró hacia abajo: veía carnes rosadas y brazos de amor:

— Espera, — dijo, — volveré mañana.

— ¡Hermano, me siento morir!

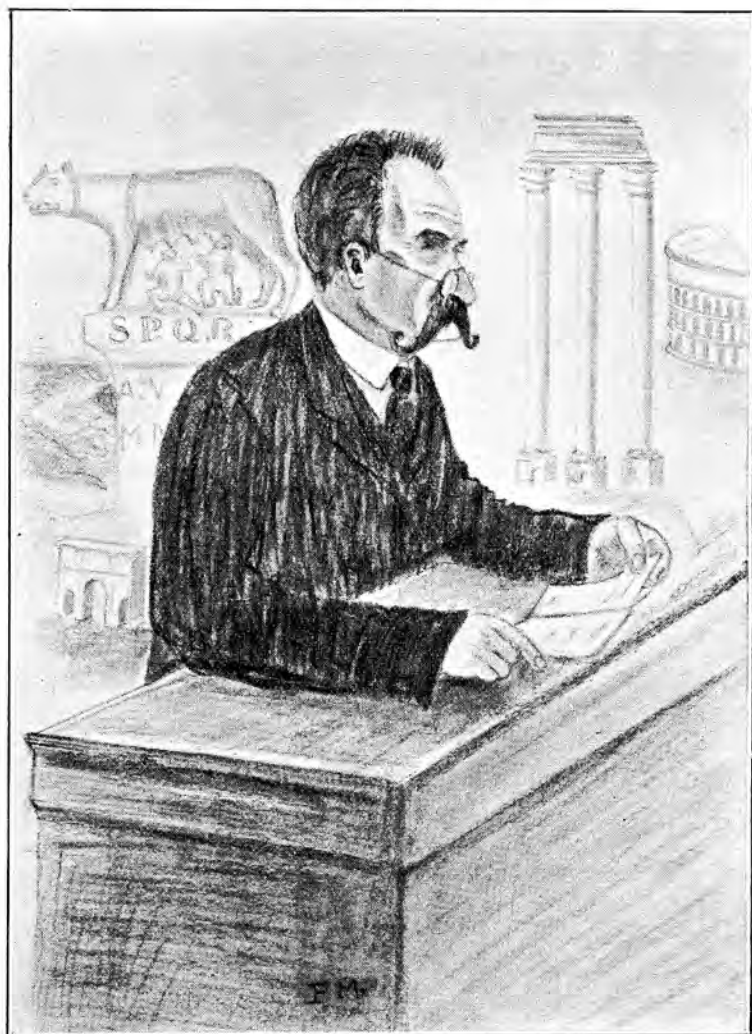
Trista oyó pasos apresurados y, después, una canción. Intentó moverse y resbaló cayendo de espaldas. La nieve con dientes ávidos mordió su nuca. Un escalofrío mortal le invadía y, de sus órbitas, la sangre aun no coagulada manaba en hilillos siniestros en los pómulos. Su cuerpo se hundía más y más. De pronto, un contacto húmedo y ardoroso le acarició el rostro: el hombre abrazó al perro: luego, éste, soltando un ladrido, huyó.

Escuchóse un retumbar, quizás algún macizo que rodaba; después todo volvió al silencio. La noche resplandecía sobre el paisaje inerte, alumbrado ya por la presencia de un espíritu.

El viento, más recio ahora, movía grandes nubes vaporosas y serenas como vestiduras celestes asomadas a lienzos de adoración sobre un retablo infinito. Lucían los astros con temblar renaciente en el hielo que franjeaba de espuma etérea la luna alta en el cenit. Y, en la plegaria salida de dos labios muertos, el silencio montañés, bajo el fulgor del universo, cobraba la pía serenidad de las eternas sombras.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

GALERÍA DE PROFESORES



Dr. Antonio A. Porchiatti

Sinite venire ad hunc clarum virum,
doctorem humanis litteris tradendis,
illos qui credunt non esse alias
linguas mortuas nisi *saladeri Campanae*,
ut videant quomodo errent!

Algo sobre el "Ollantay"

Se ha querido negar, sistemáticamente, la existencia de una literatura dramática en el Perú prehispano, así como también cerrar los ojos ante el florecimiento de toda su poesía, tal como se hiciera con muchas de las manifestaciones de la sorprendente civilización alcanzada por el Imperio del Tahuantinsuyu.

Al escribir estas líneas, me propongo traer las pruebas históricas y críticas que comprueben la existencia de esa poesía, para referirlas luego a la antigüedad y origen indígena del drama quichua "Ollantay".

Con harta frecuencia, encontramos en los cronistas de Indias referencias a la poesía incaica. Cieza de León ⁽¹⁾ en diferentes pasajes, nos habla de las poesías que cantaban los indígenas de varias tribus del Perú, después de las libaciones que se hacían en determinadas fiestas y de las poesías que se componían en ocasión de los funerales de algún jefe.

En otro lugar, el mismo Cieza ⁽²⁾ nos refiere cómo a la muerte del Inca, se reunían los más ancianos para juzgar la vida del soberano fallecido, y si consideraban que sus hechos eran dignos de pasar a la posteridad, mandaban llamar a los *quipucamayos*, encomendándoles la misión de cantar las hazañas del Rey, que se conservaban (nos dice) ordenadas en cantares y romances, que luego se cantaban en presencia del Inca y se transmitían por la tradición oral.

En Montesinos ⁽³⁾ encontramos a cada paso alusiones a las poesías con que los indios celebraban las hazañas guerreras de sus reyes.

El Inca Garcilaso ⁽⁴⁾ asegura que los poetas indígenas, que

(1) CIEZA DE LEÓN. — *Crónica del Perú*. — Cap. XLI, LXIII, C.

(2) CIEZA DE LEÓN. — *Señorio de los Incas*. — (Madrid, 1880) pág. 35 y sig.

(3) *Memorias Historiales*. — (Madrid, 1882) págs. 32, 35, 127, etc.

(4) *Comentarios Reales*. — (Madrid 1800), Tom. 2.º, pág. 24.

se llamaban *haravec* (que traduce literalmente por *inventador*), supieron hacer versos cortos y largos, con medidas de sílabas, que componían cantares amorosos, que ponían en versos las hazañas de los reyes, y que en estos versos no se usaron consonantes, asemejándose la mayor parte de ellos a las redondillas de los españoles.

Este podría traerse en lo que se refiere a la poesía lírica y épica de los incas. Debemos ocuparnos ahora de su poesía dramática, y en especial del "Ollantay", el único drama incaico que se ha conservado.

Mucho se ha discutido sobre la existencia de la poesía dramática incaica. Como decía más arriba, se ha negado ciegamente su existencia, muchas veces por desconocimiento de fuentes de información sobre la labor espiritual de los Incas, otras muchas, por un mal encubierto afán de oscurecer la civilización que éstos alcanzaron.

En nuestro país, Mitre y López se han ocupado del asunto, manteniendo opiniones contrarias. El primero ha negado el origen antiguo indígena del drama, amontonando argumentos que, débiles en muchos puntos, se prestan a la crítica.

En primer lugar, Mitre ha negado la existencia de la escritura entre los indios, como necesaria para la vida del drama psicológico y sintético; partiendo, sin duda, del estudio de la civilización incaica, propiamente dicha. Pero la aparición y desaparición de la escritura en el Perú, hay que ir a buscarla en el desenvolvimiento de la dinastía anterior a la de los Incas, pues cuando éstos ascendieron al trono la escritura había desaparecido ya, siendo reemplazada por los *quipus*.

Efectivamente, en Montesinos ⁽⁵⁾ encontramos lo siguiente: "Dicen los *amautas* que sabían las cosas de estos tiempos por tradiciones de los antiquísimos, comunicadas de mano en mano, que cuando este príncipe reinaba (Sinchí Cozque) había letras y hombres doctos en ellas, que llaman *amautas*, y estos enseñaban a leer y escribir... escribían en hojas de plátanos; secábanlas y luego escribían en ellas"...

Cuando las invasiones de las tribus bárbaras que venían de los Andes, acarrearón la muerte de Titu Yupanqui y la caída del Imperio, se produjo la desorganización social, la perversión

(5) Op. cit., pág. 23.

sión de las costumbres y un obscurecimiento de la cultura, especie de Edad Media, cuyo Renacimiento encontraron y ahogaron los españoles al llegar al Perú.

Fué Tupac Cauri Pachacutí, séptimo rey de la dinastía peruana anterior a la de los Incas, quien trató de volver por el antiguo esplendor de sus dominios y trató de indagar las causas que trajeron su disolución, para lo cual fué consultado el dios Yllatici Huirá Cocha. La palabra divina la encontramos en este pasaje de Montesinos ⁽⁶⁾: “Una respuesta fué, que la causa de la pestilencia habían sido las letras, que nadie las usase ni las resucitase, porque de su uso le había de venir el mayor daño. Con esto, Tupac Cauri mandó por ley, que, so pena de la vida, ninguno tratase de *quilcas*, que eran pergaminos y ciertas hojas de árboles en que escribían, ni usasen de ninguna manera de letras. Este oráculo lo guardaron con tanta puntualidad, que después de esta pérdida jamás los peruanos usaron de letras”.

De aquí arranca el origen de los *quipus*, única forma de escritura que usaron los peruanos, y que fué la que los españoles encontraron existente entre los Incas.

Hay que hacer notar aquí, que si muchos han considerado la obra del licenciado osouense como fruto de la ignorancia, de la credulidad y aún de la superchería, ha constatado éste hechos evidentes que investigaciones posteriores han comprobado, como serían precisamente la existencia de la escritura y la existencia de una civilización preincaica. ⁽⁷⁾

Acabamos de ver de dónde arranca el origen de los *quipus*, que no eran meros auxiliares mnemónicos de la contabilidad como quiere Mitre, o lo que Max Uhle ha llamado los quipus de contaduría (oficio que desempeñan los quipus, hoy en uso entre los pastores de las montañas del Perú); sino que servían para expresar palabras y conceptos, que envolvían una diversa significación según el color de sus cordones. En una palabra, los *quipus* reemplazaban a la escritura. Se desprende esto, claramente, de las afirmaciones de Montesinos, de Matienzo ⁽⁸⁾ y de muchos otros que no enumeraremos, exceptuando un

(6) Op. cit., pág. 86.

(7) PABLO PATRON. — *La veracidad de Montesino*, en la Revista Histórica del Perú. Tom. 1, trimestre 3.º

(8) JUAN MATIENZO. — *Gobierno del Perú*, (Buenos Aires, 1910) pág. 11.

pasaje de la "Historia de las guerras civiles del Perú", de Gutiérrez de Santa Clara, citado por Guimaraes (9) y del que copiamos esta afirmación concluyente: "lo que se podía sacar de nuestros libros se sacaba de los ñudos de estos cuypos".

Todo el saber de los Incas se guardaba en los *quipus*, conservados celosamente por los *quipucamayos* que los interpretaban y daban razón de los hechos cuya memoria contenían.

Refiriéndose luego a la poesía dramática entre los Incas, ha combatido Mitre la teoría afirmativa de su existencia, llegando hasta poner en duda el testimonio de Garcilaso.

En Cieza de León (10) encontramos algo que puede tomarse como alusión a una rudimentaria representación dramática, en el siguiente pasaje: "A fin de no perder la memoria de los reyes se hacía un bulto de mano, con la figura que ellos ponerle querían, al cual llamaban del nombre del rey ya muerto, y solían estos bultos ponerse en la plaza del Cuzco, cuando se hacían sus fiestas y en derredor de cada bulto de estos reyes estaban sus mujeres y criados y porque el Demonio debía hablar en aquellos bultos, pues que éste por ellos se usaba; y cada bulto tenía sus truanes o decidores, que estaban con palabras alegres contentando al pueblo. . ."

Si no se quisiera prestar mayor valor a esta afirmación un tanto vaga, es menester concedérselo a este otro pasaje de Garcilaso, convincente y definitivo: "No les faltó habilidad a los *amautas* para componer comedias y tragedias, que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus reyes y de los señores que asistían en la corte. Los representantes no eran viles sino Incas y gente noble, hijos de curacas y los mismos curacas y capitanes, hasta maeses de campo, porque los actos de la tragedia se representasen al propio, cuyos argumentos siempre eran de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones. Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares." (11)

Marckham y Pacheco Zegarra traen esta cita de Garcilaso como prueba concluyente de la existencia del drama entre los Incas, que es la única consideración que cabe hacer al respecto

(9) GUIMARAES. — *Los quipus*, Revista Histórica del Perú, tom. 2, trim. 1.º

(10) CIEZA DE LEÓN. — *Señorío de los Incas*, pág. 37.

(11) GARCILASO. — *Op. cit.*, tom. 2, págs. 22 y 23.

y que puede servir de prueba afirmativa al tratar de la anti-güedad del "Ollantay". A Mitre, en cambio, no lo convence, así como parece impresionarlo poco el valor de la obra de Garcilaso.

Ligereza es prestar poco fundamento y criterio a los "Comentarios Reales". Garcilaso recogió para su historia los datos que le suministraron los parientes de su madre, depositarios de la tradición de la monarquía incaica. Se aprovechó de las versiones que pudo recoger asistiendo a sus pláticas así como a las de los conquistadores amigos de su padre, y de las numerosas relaciones y escritos que —vuelto a España— le enviaron sus condiscipulos y amigos del Perú, sin contar la visión directa de los hechos de que fué espectador.

Aún admitiendo que el amor por su ascendencia indígena unas veces, y su credulidad otras, le hayan llevado a deformar inconscientemente la realidad de los hechos, no debe negarse que sus "Comentarios" tienen un gran valor histórico. ⁽¹²⁾

Nada de extraño es—por otra parte—que los amautas pudieran componer dramas y tragedias; así como componían leyendas y poesías estos hombres doctos, depositarios de la ciencia y tradición, cuya misión oficial era la conservación de la cultura que transmitían a las generaciones jóvenes con la enseñanza del idioma, como puede colegirse por la cita que hicimos de Montesinos quien, en otro lugar (op. cit., pág. 35) nos dice aludiendo seguramente a relaciones recogidas sobre la campaña del príncipe Inti Capac Yupanqui contra los de Antaguailas: "Aquí fingen los *amautas* tradiciones antiguas, muchas poesías y fábulas, diciendo que el sol andaba entre el príncipe y los suyos..."

Avanzando en la lectura de Garcilaso, vemos cómo los conquistadores espirituales trataron de aprovechar las aptitudes que para la representación dramática tenían los indígenas, y para mejor adoctrinarlos e inculcarles más fácilmente los principios de la religión cristiana, escribían en lengua quichua composiciones dramáticas calcadas sobre los *Autos Sacramentales* de la época. Y nos dice que lo hacían con tanta propiedad que causaban general satisfacción; y su gracia y dulzura llegaba

(12) Véase el estudio que le consagra Riva Agüero en su obra *La Historia en el Perú*. — Lima, 1910.

a veces a tanto que muchos españoles derramaban lágrimas viéndoles representar.



Pasemos ahora a considerar el caso especial del “Ollantay”, que Pi y Margall considera como una de las escasas composiciones literarias que nos quedan de la antigua América.

Hemos dicho al principio que Mitre niega el origen prehispánico del drama, asegurando—por el contrario—que es esencialmente europeo y genuinamente español, y que es “por su forma y por sus menores accidentes un drama heroico de capa y espada, cristiano y caballeresco, tal cual lo crearon Lope de Vega y Calderón.” (13)

Marckham (14)—apoyándose en Ticknor—levanta estos cargos de Mitre, negando que el “Ollantay” sea una comedia de capa y espada, por cuanto es una composición histórica en que los personajes que actúan son históricos, y que su móvil esencial no es la galantería, no advirtiéndose en su trama artificios ni intrigas.

No cabe duda de que los personajes del drama son históricos. La existencia de los reyes está comprobada. Pacheco Zagarra nos habla de un antiguo vaso incaico en que se conservaba la efigie de Ojo de Piedra, uno de los personajes, y, conocedor de los lugares en que se asentaron los dominios de Ollantay, ha demostrado la exactitud de las descripciones de lugares, en las que está patente el color local. Subsisten las ruinas del palacio y fortaleza de Ollantaytambo, sede de los dominios del héroe, de las que en Lima he visto fotografías de que tengo copia.

Bastaríanos una ligera lectura de las páginas que Menéndez y Pelayo ha consagrado a las comedias de capa y espada de Calderón (15), para convencernos de que el “Ollantay” no puede ser nunca una composición de este género como pretende el General.

En otro lugar dice Mitre: “Los sentimientos que general-

(13) BARTOLOMÉ MITRE. — *Ollantay* (Buenos Aires, 1881) pág. 9.

(14) CLEMENTE R. MARCKHAM. — *Ollantay* (Traducción de Olivares, Buenos Aires, 1883) pág. 22.

(15) MENÉNDEZ Y PELAYO. — *Calderón y su teatro* (Madrid, 1910) cap. VII.

mente prevalecen en él, son: el orgullo de casta, la fidelidad conyugal, el espíritu militar, el amor filial, la humanidad con el vencido, el horror a la poligamia, la magnanimidad monárquica y la abnegación deliberada en holocausto de la monarquía, que son los elementos morales de todo drama español, propio de la civilización europea, los cuales pugnan con todo lo que se conoce de la sociabilidad quichua." (16)

He aquí otro error de Mitre, cómo vamos a demostrarlo.

Pacheco Zegarra que publicó en París en 1878, un texto del "Ollantay" acompañado de abundantes y eruditas notas, que ponen de manifiesto su sólida cultura y su conocimiento del quichua, dice que el "Ollantay" es lo único que queda de la época de los Incas, y que se reflejan en él, más que en ninguna otra cosa, las creencias, el espíritu, las costumbres y la vida de esa nación.

Don José Barranca, que en el año 1868 publicó en Lima una versión española del texto quichua dado a conocer por Tschudi que, como sabemos, es copia del manuscrito original conservado en el Monasterio Dominicano del Cuzco—al ocuparse del drama dice que no se descubre en él la menor alusión al cristianismo ni a la sociedad en cuya época podría pretenderse que se compuso, agregando que no se encuentra en él ni vestigio de la sociedad de los invasores.

Conteste con estas opiniones está la afirmación de Pi y Margall, que nos dice del "Ollantay": "No hay en él nada que revele la manera de pensar ni de sentir de Europa, ni nada que no esté adecuado a las instituciones, a las costumbres y al estado social de aquel vasto imperio que dominó Pizarro."

Entrando a considerar en detalle las afirmaciones de Mitre, es fácil demostrar la poca solidez que ellas tienen.

El espíritu de jerarquía estaba muy desarrollado entre los Incas. Diversos hechos contribuyen a probarlo, como sería el uso de los adornos metálicos, de los cuales los de oro sólo podían ser usados por el Inca, por sus parientes más próximos y por sus mujeres, quedando los de plata para los nobles; la existencia de lo que podríamos llamar el orden de caballería de los orejones; las diferencias de coloración del *llauto*, según fuera para el uso del Inca reinante, de los individuos

(16) MITRE. — Op. cit., pág. 20.

de la familia real, de los incas inferiores o de puro título y la variable colocación de la borla del mismo *llauto* según la llevara el Inca o sus generales, etc., etc.

Nada de extraño es, pues, que el orgullo de casta haga que Pachacutic—cuando Ollantay le pide en matrimonio a su hija Estrella—conteste negativamente diciéndole colérico que no olvide es un simple vasallo, que ha querido subir demasiado alto y que cada cual debe permanecer en su puesto; dado que sabemos por testimonio de Garcilaso (Op. cit., tom. 2, pág. 261) que los Incas, por no rebajar la divinidad de su sangre, no daban nunca sus hijas por mujer a sus generales o señores vasallos, sino cuando eran hijas bastardas.

Y fué práctica entre los reyes Incas, que el príncipe heredero no debía casarse sino con sus hermanas, para conservar limpia la sangre del Sol, que no debía mezclarse con sangre humana. Afirmaciones semejantes a la que dejamos transcrita, se encuentran también en Montesinos.

Igualmente, el espíritu militar fué atributo de los Incas. Sin necesidad de amontonar ejemplos que lo confirmen, bástenos decir que la historia de su dinastía es una serie de campañas militares en las que se vieron comprometidos, fuera para hacer conquistas, fuera para dominar rebeliones.

La magnanimidad para con el vencido tampoco les fué extraña. En efecto, Garcilaso ⁽¹⁷⁾ nos cuenta como el Inca Mayta Capac perdonó la vida a los Collas que, vencidos, vinieron a pedirle que los pasara a cuchillo, diciéndose indignos de la proverbial magnanimidad del rey.

Pruebas de iguales sentimientos encontramos en este pasaje de Montesinos: “Luego se dió orden en la pacificación de las provincias; y un día que celebraban grandes fiestas y alegrías en presencia del ejército, mandó el Inca (se refiere a Huaina Capac) sacar en su presencia a todos los presos y rendidos que tenía de todas partes. Salieron turbados y temerosos, atadas las manos atrás, pareciéndoles que los llamaba a ser ajusticiados. Llegados que fueron ante el Inca, que estaba en su trono de oro, les dijo que les otorgaba la vida y los quería por amigos.” ⁽¹⁸⁾

(17) Op. cit. Tom. 2, cap. XI.

(18) Op. cit., pág. 166.

Vemos, pues, por estos ejemplos, cómo los incas eran capaces de misericordia, y nada extraño es que Tupac Yupanqui perdona a Ollantay, sobre todo cuando se trataba de un jefe valiente y prestigioso.

De este modo, podríamos ir rebatiendo uno a uno y detalladamente los cargos que Mitre amontona en las pocas líneas que transcribimos más arriba; pero daríamos a este trabajo demasiada extensión, por lo que pasamos a otra cosa.

Guiado siempre de sus ideas contrarias a la autenticidad del drama, extraña Mitre que Ollantay fuese coronado rey en nombre del pueblo.

No debe olvidarse que Ollantay era rebelde y que tal vez, como piensa Pacheco Zegarra ⁽¹⁹⁾, el pontífice Hanco Huaillo no le impuso el *llauto* en nombre del Sol como debiera, temiendo profanar el nombre de la divinidad en momentos de una insurrección.

Además, si en el “Ollantay” se corona la rebeldía y el drama fué representado en honor del rebelde Tupac Amaru, y en su presencia, no es esto una razón suficiente para pensar que la pieza fué compuesta explotando el argumento de la rebelión del último Inca y que sus escenas sean una alusión a los sucesos del día, ni por esto debe desecharse la versión del origen antiguo del drama.

Creo que es muy lógico suponer, que al representar el “Ollantay” en la corte de Tupac Amaru, se llevó a escena un drama histórico que en su desarrollo tenía situaciones semejantes a la marcha contemporánea de los sucesos políticos, y que con eso se quiso halagar, tal vez, la vanidad del príncipe, desenvolviendo ante sus ojos aquella creación artística en que la poesía, sirviendo a la historia, glorificaba la rebelión.

En su afán de ver en todas partes argumentos en contra de la originalidad del drama, Mitre ha creído encontrar en el “Ollantay” pasajes que le recuerdan a Homero, al “Cantar de los Cantares”, a Tácito, y hasta a “Los viajes del joven Anacarsis”, supuestas semejanzas que le sirven para afirmar una vez más que el drama es de origen europeo. Bastaría para convencernos de la poca solidez de los argumentos de Mitre a que acabamos de referirnos, reproducir aquí cualquiera de

(19) PACHECO ZEGARRA. — *Ollantay* (Madrid, 1886) pág. 79.

las objeciones que con este motivo le ha hecho Vicente Fidel López ⁽²⁰⁾, y de las cuales resultaría que muchas de esas pretendidas semejanzas se deben a falsas interpretaciones del texto, que acusarían — por parte de Mitre — desconocimiento del quichua y de muchas otras cosas.

Marckham ha criticado a Mitre el hecho de que para fundar muchas de sus observaciones, se haya basado en textos corrompidos o que carecen de validez intrínseca.

Muchos han creído que el “Ollantay” fué escrito por el doctor Antonio Valdez, cura de Sicuani. Marckham dice que ha tenido ocasión de examinar y transcribir una versión del drama que era considerada como el texto más puro. Esta versión le fué comunicada por un descendiente de los Incas, anciano sacerdote del pueblo de Laris, el doctor Pablo Justiniani. Este a su vez la tenía de su padre, el doctor Justo Pastor Justiniani, quien la copió del manuscrito original perteneciente a Valdez, en el año 1780.

Vicente Fidel López ⁽²¹⁾, reconoce el origen incaico antiguo del drama, negando que haya sido escrito por Valdez; para lo cual trae argumentos de carácter íntimo, como sería el hecho de que su padre — amigo de Valdez — no supo jamás que éste fuera el autor del “Apu-Ollantay”, que tenía por de antiguo origen, siendo compartida esta opinión por Mariano Moreno. En segundo lugar, dice que el padre Iturri habla de dramas quichuas transmitidos por la tradición.

Que Valdez recogiera la tradición del “Ollantay” poniéndola en versos españoles, no quiere decir que fuera su autor; pues sabemos que Rivero afirma que, en bibliotecas particulares del Cuzco, se conservaron copias del drama escritas en los siglos XVI y XVII, y hemos hablado ya de la copia que, para Tschudi, sacó el artista Rugendas del manuscrito dominicano.

Pacheco Zegarra cree que el drama debió componerse hacia un siglo antes de la conquista española, a todas luces en el reinado de Tupac Yupanqui. Robusteciendo su opinión sobre el origen prehispánico del drama, nos dice: “No solamente la manera de rimar sino también la de dividir los diálogos, de acentuar los versos, de medirlos y combinarlos, así como otras par-

(20) Véase la carta dirigida por López a Olivares y publicada al final de la traducción que éste hizo del artículo de Markham sobre el *Ollantay* (Buenos Aires, 1883).

(21) LÓPEZ. — *Les Races Aryennes du Pérou* (Paris, 1871) pág. 325 y sig.

ticularidades que resultan del estudio bibliográfico y filológico... hacen imposible la creencia de que su autor pudo pertenecer a una época posterior a la dinastía de los incas". (22)

Debe advertirse, también, que la división misma del drama, la sucesión de las escenas — que muchas veces es ilógica y permite cambiarlas de lugar sin perjudicar la estructura de la pieza y alterar su sentido — la poca o ninguna complicación de las mismas escenas, hacen pensar en una forma sencilla y primitiva de composición dramática.

Aceptando el origen antiguo del "Ollantay", restaría averiguar cómo pudo conservarse, dado por sentado que al advenimiento de la dinastía de los incas, la escritura no existía ya en el Perú.

Cualquiera de las dos hipótesis propuestas por Pacheco Zagarra puede ser verdadera, y armonizan con los testimonios que nos han legado los cronistas, referentes a los modos de transmisión de las poesías de los incas. O bien se conservó en un *quipu* (creemos haber dicho lo suficiente al comenzar este trabajo sobre el papel que este método de escritura desempeñaba) el cual *quipu* pudo ser salvado por un *quipucamayo* — pues, sabemos que los *quipus* se enterraron o quemaron a la venida de los españoles — quien comunicó su contenido a algún fraile, curioso investigador de las leyendas incaicas; o bien, podría darse que alguno de los *Haravec* o trovadores que lo supiera de memoria, lo transmitiera oralmente al aficionado quechuista que lo copiara por escrito.

ALFONSO CORTI.

Buenos Aires, Agosto 1913.

(22) Op. cit., pág. 46.

El Skating

El violín suelta una nota, y al volar el dulce son
en la sala donde triunfan la elegancia y la belleza,
las damas y caballeros incorporan la cabeza
formulando con los ojos una mutua invitación...

Ya los brazos han formado la cruz sobre el corazón,
y los lúcidos chapines que derrochan sutileza
se disponen impacientes a ensayar con gentileza
los dos pasos del "skating", dos saltos de perdigón...

Ahora danzan las parejas, y, entre tanto, los donceles
insinúan a las damas madrigales y rondeles;
ellas ponen la mirada en la punta del chapín...

Ya el "skating" languidece, los galanes han callado
y refléjase en los ojos del danzante enamorado
la tristeza del acorde que agoniza en el violín...

CARLOS C. SANGUINETTI.

El arte independiente

Aparte de los que se mueven en el campo psicológico, existe en la juventud, más o menos influenciada por Guyau, la tendencia a no ver en el arte y en los sentimientos estéticos que provoca, sino un instrumento para los fines de la vida social.

Todos reclaman del arte un apoyo a sus ideales. Cada religión, cada secta, cada clase social, pide de él que se ponga a su servicio con exclusión de ningún otro, asignándole allí su verdadero papel. Tolstoi, cristiano, quiere que el arte sea la voz del cristianismo; el arte que no persiga ese fin, es un falso arte. Guyau, sentimental, le pide un lazo de amor que una a todo ser viviente: arte, vida, amor, todo para él es uno. Para los aristócratas, el arte es de unos pocos privilegiados, únicos capaces de interpretarlo; para los defensores de las clases obreras, el arte popular es el único verdadero.

En nuestra opinión, el objeto del arte es despertar emociones; estas emociones llamadas estéticas, tienen un carácter propio, particular, que permite distinguirlas de las demás emociones que constituyen nuestra vida afectiva.

Este carácter, como lo ha demostrado muy bien Spencer, es el de no ser directamente útiles a las necesidades de la vida.

Toda emoción puede adquirir un carácter estético, siempre que se busque por sí mismo, y no sea real. Esto es lo que hace precisamente el arte; por eso es el arte una ficción de la realidad, y los sentimientos estéticos, una reproducción de los sentimientos reales.

También las bellezas naturales despiertan en nosotros sensaciones de un vivo estetismo.

Todos conocen la impresión que causa la vista de un paisaje con sus selvas umbrosas, sus líquidas corrientes, sus elevados cerros, sus brisas perfumadas, los cantos de sus aves, y el color de sus flores; impresión muy distinta de aquella que nos

inspira un campo labrado, cuyo sentimiento de utilidad aparece en seguida a la conciencia.

La sola definición precedente bastaría para sentar la independencia del arte; pero las consideraciones que siguen, nos afirmarán más en la tesis que sostenemos.

Al definir el arte como un excitador de emociones estéticas, téngase en cuenta que decimos emociones, y no ideas: ahora bien: una emoción es tanto más intensa, cuanto más desprovista se halla de todo elemento intelectual; por consiguiente, el arte alcanza su mayor perfección, cuando consigue despertar el máximo de emoción con el mínimo de ideas.

Sí, como hoy se supone, con muy buenas razones, es en la médula oblonga donde residen los centros emotivos, es a ésta y no al cerebro a quien debe dirigirse el arte. El artista debe ser ante todo un emotivo, es decir, un hombre de médula; sus conocimientos adquiridos sólo tienen valor, cuando se hunden en la inconsciencia de su bulbo raquídeo, cuando se organizan, cuando pasan al automatismo. Un artista que tenga que ejecutar su obra con la inteligencia, no será nunca un buen artista; y, si a su vez necesita de la inteligencia para ser interpretada, es que carece de estética: ha de haber una comunicación de médula a médula.

Que el arte no es el lenguaje de la inteligencia, se demuestra fácilmente, interrogando a distintas personas, acerca de las ideas que les provoca la audición de una pieza musical; en todos se verá que si aquéllas se producen, no concuerdan en los diversos sujetos; lo más general es que no se produzca estado alguno neto de conciencia, y si sólo un estado emotivo, vago e indefinido, cuya descripción escapa aún a los más sutiles psicólogos. En el éxtasis, las representaciones mentales desaparecen por completo. El arte, pues, no expresa ideas, y si éstas aparecen es sólo accidentalmente, como un fenómeno concomitante de las emociones, debidas quizá a asociaciones anteriormente establecidas; no expresando ideas no puede exigírsele su cooperación, como elemento consciente a los demás ideales de la vida social.

Sin embargo, como no todas las artes han alcanzado la perfección de la música (que es el que más tenemos presente al escribir estas líneas), perfección que la exime de buscar motivos para manifestarse, las demás necesitan de un substratum

de ideas para constituirse; éstas son el fondo de las cuales el arte es la forma. En literatura, con independencia del asunto tratado, podemos gustar de la belleza de la forma, siendo ésta tan sólo, la parte estética. Al que busca únicamente el arte literario, el motivo de la obra le importa poco; ¿hay bellezas en la forma? pues eso basta. El poeta no puede volar en el vacío. Por eso busca en la descripción de las cosas, la densidad necesaria para batir las alas de su lirismo.

En pintura, lo que ante todo nos impresiona, es la disposición de luces y de sombras, la hábil distribución de los matices y la exactitud del dibujo; de la composición armónica de estos elementos, resulta la ilusión del relieve y la perspectiva que constituyen la belleza del arte pictórico.

Impresionados por la visión de este armonioso conjunto, pasamos luego a indagar su contenido intelectual, o sea el asunto de la obra; en este momento actuamos como seres cognoscentes, la emoción cede ante la inteligencia que interpreta, para una vez comprendido volver otra vez a la esfera del sentimiento, dominio exclusivo del arte, como es la ciencia del exclusivo dominio de la inteligencia. El hecho indicado lo repetiríamos, igualmente, para todas las artes.

Se dirá que si no es por vías cerebrales, es por las del sentimiento que el arte puede servir para otros fines que sí mismo en la actualidad social: la música marcial arrastra al combate: la de iglesia despierta la devoción y los sentimientos místicos; un orador fogoso provoca pasiones que utiliza, según su propósito: un cuadro, una estatua, el canto, la danza, pueden inspirarnos sentimientos de compasión, de ternura, de amor, de benevolencia, de generosidad o de maldad, de odio, de repulsión, de lascivia, de temor, de espanto, etc., etc., cuya acción moral interesa vivamente a la sociedad, por los actos a que pueden dar lugar.

En este caso negamos a estos sentimientos el carácter de estéticos.

Hemos hablado del arte como de una ficción, mediante la cual poníamos en juego toda clase de emociones con la particularidad de no ser reales. De donde se deduce que cuando éstas adquieren una intensidad tal que se convierten en reales, dejan de ser estéticas.

En el extremo opuesto al considerado anteriormente, halla-

mos el mismo hecho, o sea la negación de la estética; de un lado cuando se reduce a una fría cerebración, y del otro al confundirse con la vida misma. La arquitectura y la música son las que respectivamente tocan estos dos opuestos polos: la primera por la composición intelectual que requiere, la segunda por excitar de tal manera nuestro fondo orgánico, que nos conduce a actos que pertenecen a la vida real. La estética se mueve entre estos dos extremos. En este último hay como una regresión hacia las acciones vitales en donde el arte halló su origen.

Cuando los salvajes se disponen para un combate, para la caza o para cualquiera acción de importancia para ellos, su entusiasmo y su excitación es tal, que se mueven, saltan, gesticulan y gritan. Estas manifestaciones al expresarse en común, y como por natural necesidad fisiológica, se regularizan, los movimientos se hacen rítmicos, los gritos cadenciosos. He aquí el origen de la música, la danza y el canto, como placer estético. Estos diversos movimientos que son la expresión de emociones debidas a hechos reales, sólo después cuando se buscan por sí mismos, cuando son una simulación de la realidad, cuando son ficticios, es cuando toman un valor estético.

Ahora bien: si fenómenos serios y reales de la vida social, han dado origen a las artes, recíprocamente, éstas pueden despertar aquellos fenómenos, es decir, los movimientos, gestos, gritos, etc., con las emociones y deseos que éstos suponen.

He aquí por qué calificamos de regresivos a estos sentimientos, cuando pasan de ser el simple juego que la estética supone. Quien busca en la música, en la palabra o en cualquier arte, un excitante de sus instintos y de sus deseos, hace de ellas el mismo uso que podría hacer de una bebida espirituosa, tomada con los mismos fines.

Sergi conocía a un hombre que llevaba consigo una fotografía de la Dánae de Ticiano, a causa de las excitaciones sexuales que su vista le producía: nada de estético hay en todo esto.

En resumen, la estética no es la vida: es la representación de la vida. No porque las emociones estéticas y las emociones reales sean convertibles, hay que confundirlas.

Cuando los sentimientos estéticos se convierten en deseos o en actos reales, dejan de ser estéticos; el atavismo nos arroja a primitivas fuentes del arte: y si a su vez los sentimientos

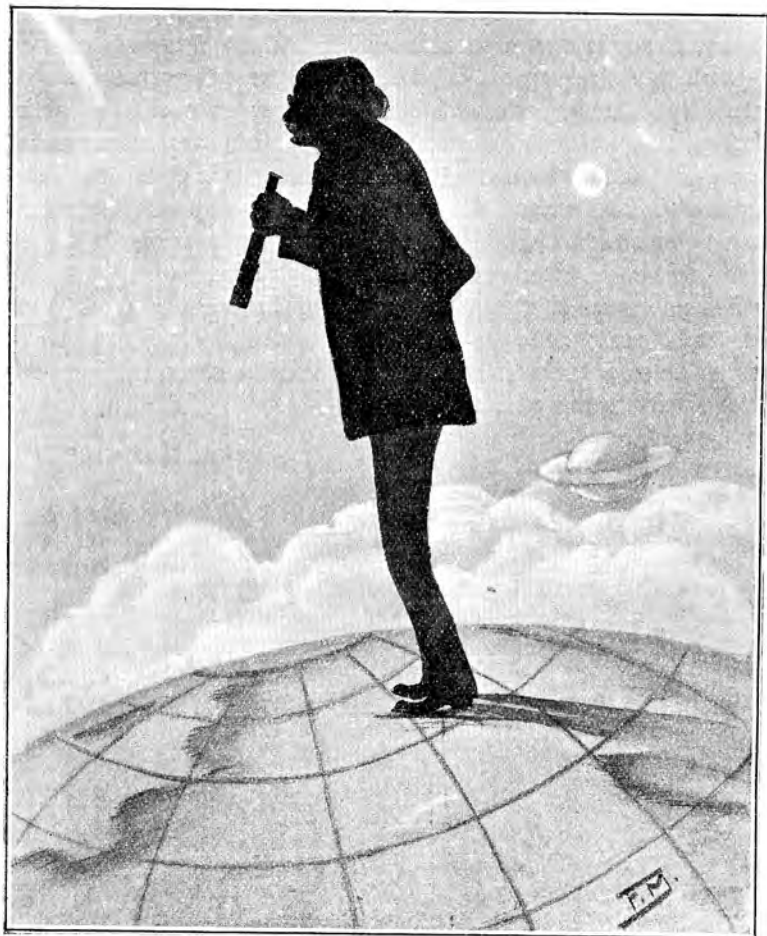
vitales se buscan por sí mismos, con independencia de toda necesidad directamente útil, se vuelven estéticos.

En este concepto, los sentidos inferiores tienen también su estética. La tiene el tacto, cuando lo ejercitamos por mero placer, rozando una superficie suave; la tiene el olfato, cuando deja de ser el centinela del estómago, para disfrutar libre de este cargo, la delicadeza de los perfumes; en cuanto al gusto está tan estrechamente ligado a las necesidades estomacales, que únicamente sé de ciertos emperadores romanos, que celebraban sus orgiásticos *convivia* comiendo por puro placer gustativo, vomitando sus comidas, para volver a comer y no interrumpir el delicioso saboreo de sus manjares.

En resumen, el arte tiene un valor independiente de todo fin social real; tiene su valor en sí mismo, y únicamente en virtud de su autonomía puede considerársele como un factor de la evolución humana.

MANUEL LINARES.

GALERÍA DE PROFESORES



Ingeniero Julio Léderer

No existen misterios para él «así en la tierra como en el cielo». Cuando habla de los astros, sus disertaciones son tan «elevadas» que sus oyentes se transportan a otros mundos. Al final, casi todos están en la luna.

De Mónaco a Génova

Decididamente, los extranjeros venimos al principado para dejar en él algunos centenares, o millares, a veces, de escudos, me dijo Eugenio N. mientras nos acomodábamos en un compartimiento del tren que nos alejaba de Monte Carlo.

— Sí, agregué yo; y diría casi con más exactitud “para perder” esos escudos y lo decía pensando en esa casa tentadora que desbarató sólidas fortunas y llevó a muchos seres al suicidio.

— ¡Bah! repuso mi compañero echándose a reír: no creo que debamos pertenecer a este último grupo de personas.

— Cierto, la cantidad perdida es exigua. Por otra parte, bastaría que hiciéramos un telegrama a Génova, para tener los recursos necesarios que requiere la continuación de nuestro viaje.

Aquí, el alma aventurera de mi amigo se puso de manifiesto: Antes, me dijo, probaremos unos días de vida bohemia.

Los pocos escudos que merced a mi previsión habíamos podido salvar de la ruleta, apenas bastaban para llegar a una ciudad italiana, situada mucho antes de Génova.

Pareció no apenarle gran cosa a Eugenio, el notable alivio que sufrieron nuestros bolsillos, porque al verme con la cara aplicada al vidrio de la ventanilla, observando el espléndido paisaje que se deslizaba delante de nuestra vista, me dijo sonriente: Yo hallaré la manera de conseguir medios de vida durante los dos o tres días que la espera del giro nos detendrá en Albenga. Así se llama la ciudad, hasta donde nuestros boletos eran válidos.

Dicho esto, se levantó Eugenio, y metiéndose las manos en los bolsillos, comenzó a pasearse mirando fijamente el suelo.

En ese momento pasábamos por Mentón, graciosa ciudad levantada sobre la antigua Lumone, fundada por los romanos, y país nativo del inmortal autor de *El Judío errante*.

Estuvimos largo rato sin hablarnos. El tren seguía su marcha acercándose a la frontera. Los pocos pasajeros que con nosotros venían, comentaban, en distintos idiomas, la belleza del paisaje. — Ese zanjón que ves, decía un francés obeso, a una dama que parecía ser su esposa, es el límite divisorio entre Francia e Italia; pasado el zanjón, ya nos encontramos en tierra italiana. Y la señora miraba fijamente hacia la dirección señalada, como tratando de hallar una diferencia entre las regiones divididas por el exuberante valle.

Esa pequeña ciudad triste, decía un inglés a dos sujetos que lo acompañaban, señalándoles un caserío sombrío, es la primera comarca italiana que vemos. Hace cuarenta o cincuenta años, un terremoto la destruyó casi por completo; y, desde entonces, sus habitantes huyeron para no volver nunca más.

Ya estamos en Ventimiglia. Bajamos, enseñamos el pasaporte, subimos a otro tren y nos ponemos de nuevo en marcha. No tardamos en llegar a Bordighera, la ciudad de los claveles. La abundancia de palmeras nos trae el recuerdo de las regiones tropicales. Seguimos. Un suave perfume de azahares nos acompaña durante un largo trecho. El panorama es conturbador: por un lado el mar, por el otro montañas verdes y floridas.

Estamos cerca de la elegante San Remo, y las colinas y valles rebosan de violetas y claveles; nos detenemos un largo rato. La ciudad, bellísima, es famosa como estación invernal; las mirtáceas y las rosáceas, saturan el ambiente con sus esencias, saneándolo. El tren ha tardado algunos minutos más en salir para dar paso al convoy de las flores, que exporta diariamente vagones repletos de la perfumada carga a regiones lejanas y frías, especialmente a Rusia.

Hacemos estación en Porto Maurizio, que luce su esbeltez sobre un bloc de tierra, a más de cincuenta metros sobre el nivel del mar. Partimos; siempre rodeados de un panorama encantador, y llegamos a Oneglia. La estación está abarrotada de toneles, algunos de los cuales dejan escapar por las ranuras de sus hinchados vientres, el precioso líquido que encierran.

Estamos en el país del aceite. En una casa con frente al mar y a pocas varas de él, vió por primera vez la luz el gran prosista De Amicis.

El tren pita y salimos. Los olivares siguen extendiéndose

formando compactos bosques de color verde oscuro, a cuya sombra, mujeres de rodillas recogen el fruto caído.

Pasamos por Diano Marina, la nueva ciudad de casas uniformes que surgió después de destruída por el terremoto del 87. Sigue Cervo, pueblecito levantado en la cima de una colina, con sus calles inclinadas casi verticalmente. Los túneles, ahora, se suceden con mayor frecuencia. A la salida de cada uno de ellos, y después de disipado el humo que llena nuestro compartimiento, otros pueblecitos aparecen ante nuestra vista. El *Olea europaea* continúa dominando en valles y montañas, alternando con el verde claro de algunos algarrobos. El mar besa casi las ruedas de nuestro convoy. Algunos pinos, desde los cercanos montes se inclinan como saludando nuestro paso, y un agradable olor a campo llena nuestros pulmones. Otro túnel y otro, y desembocamos detrás del Cabo Mele. En Laigneglia, país de pescadores, nos detenemos algunos minutos: un soberbio golfo se extiende delante de nuestra vista. Volvemos a partir y Alassio, la perla del Mediterráneo, aparece ante nosotros. De todas las ventanillas asoman cabezas deseosas de ver la ciudad de los bastiones, fortalezas de mole oscura que nos hablan en silencio del valor de sus primitivos habitantes. Es la mejor playa de toda la ribera, y una infinidad de villas, casi todas de extranjeros, duermen en los armoniosos declives de sus colinas. La ciudad, defendida por el Cabo Mele de un lado, y por la punta Santa Cruz del otro, con la soberbia cadena de montañas a sus espaldas, semeja un gigantesco invernáculo. Las cumbres de sus montes, rematadas por algunos viejos santuarios, parecen velar por la dulce tranquilidad del ambiente.

Habíamos pasado dos o tres túneles, cuando desembocábamos frente a Albenga, la ciudad de las cien torres. Descendemos. Una gran llanura se extiende ante nuestros ojos. El Centa, con sus cien afluentes, la divide en dos partes fecundizándola. Es la planicie más dilatada de la Liguria y la que incitó la codicia de los antiguos romanos, los que enviaron varios ejércitos para batir a los indomables *albingaunos*. El cónsul Paolo Emilio, no sin trabajo y fina táctica, dió cuenta de ellos. Allí, sobre el *Colle di San Martino*, rodeado de almendros, está el monumento levantado a su memoria hace más de dos mil años y para perpetuar el recuerdo de la hazaña. Está como vigilando la

ciudad y el mar. Quedamos absortos en la contemplación de tanta belleza como nos rodea. Éxtensos campos de verdura son objeto de nuestra admiración; muchos caserones de la ciudadela lucen atributos de nobleza y las estrechas calles convergen a la plaza de la Catedral, cerca de la cual hállase un célebre bautisterio. En el hotel se nos aloja en una pieza con dos balcones: uno da a la montaña, el otro al mar; donde surge la curiosa isleta Gallinara, asilo de capuchinos allá por los años de 1400.

Mi compañero deja sus valijas y sale. No me dice ni adónde ni para qué. Al rato vuelve seguido de un muchacho que sostiene un gran zapallo y unas cuantas gruesas cañas. Entra en la habitación, paga al chico que en ella ha dejado su carga, y se quita el saco arremangándose. Luego, priva a la cucurbitácea de su abundante pulpa, tira la cáscara y hace sonar el timbre. Yo, no comprendiendo nada de esta escena, iba á hacerle la pregunta consiguiente, cuando entró un mucamo del establecimiento.

— Me imagino, le dijo Eugenio, que usted no conoce la manera cómo se prepara el dulce americano.

— No, señor.

— Bueno, pues; lleve esta pulpa al cocinero, dígale que le agregue su peso de grasa, y que ponga a hervir el todo a un fuego lento durante una hora, al cabo de la cual lo retira del fuego y me lo trae; y diciendo esto, sacó algunas de las últimas monedas que nos quedaban, y se las dió al mucamo, que algo intrigado por la orden que acababa de recibir, llevóse el fruto, inclinándose ligeramente.

Ya no pude contener más tiempo mi curiosidad, y dirigiéndome a Eugenio: — Me dirás, al fin, le dije, qué objeto persigues al hacer preparar eso que tú llamas dulce.

El se echó a reír, y antes de responder, encendió tranquilamente un cigarrillo. Después:

— Esa combinación de grasa y zapallo, mañana será un ungüento maravilloso que nos costeará los gastos de nuestra estadía en ésta. Yo no comprendía del todo. El prosiguió:

— Mañana comienzan las fiestas de la virgen de . . . , y aprovecharé los dos días que han de durar, para vender, con auxilio tuyo, un centenar de potes del ungüento, y me señaló las cañas arrimadas a un ángulo de la habitación, las cuales, seccionadas convenientemente, deberían servir de potes.

Quise, en un principio, disculparme de formar parte de semejante negocio, pero él me convenció diciéndome que era necesario matizar nuestro viaje con incidencias que, recordadas allende el océano, nos hicieran pasar algunos momentos alegres.

Eugenio permaneció durante parte de la noche, llenando con unguento un gran número de potes. Llegó el día de la fiesta y el precio que fijamos fué de diez sueldos por cada tubo.

La venta superó nuestras esperanzas. Mi amigo pregonaba su cerato con una convicción y un aplomo tan desfachatados, que me daban ánimo. Un público compacto nos rodeaba y los fieles, saliendo de la iglesia parroquial, se dirigían hacia la aglomeración de la cual nosotros éramos el centro, y al oír pronunciar el nombre de un santo unido al de una mixtura sanalo-todo, descargaban sus liras en mi sombrero, llevándose el unguento y observándolo, mientras se retiraban, con curiosidad y hasta con cierta veneración. Los compradores se sucedían traídos por la verba persuasiva de Eugenio. Al segundo día, hubo momentos en que la venta se hacía imposible. Todos los aldeanos de los alrededores, ataviados con sus trajes domingueros, empujábanse para llegar hasta nosotros. Una niña de quince a dieciséis años, logró con grandes esfuerzos llegar hasta mi lado.

— Diez sueldos, le dije.

Ella consultó su mano, tenía cuatro cobres de dos sueldos; pensó un momento y despojándose de un objeto que llevaba al cuello, me lo dió con los sueldos mientras recibía el unguento.

Cuando ví lo que me había entregado, que era una pequeña cadenita con un colgante, quise devolvérsela, pero ella había desaparecido.

Terminada la jornada, teníamos lo suficiente para permanecer allí algunos días, los necesarios hasta tanto llegara el giro solicitado.

En tres días recorrimos la mayoría de los pueblecitos y aldeas circundantes. Algunos, como Marta, Caso y Buzzoletto, no alcanzan a tener noventa almas; otros como Garlenda, encierran verdaderas joyas de arte, como son las telas del Domenichino y del Perugino, existentes en la iglesia de ese pueblo; y otros, en fin, como Degna y Casanova, poseen bellezas

naturales dignas de ser visitadas. Todos viven en un verdadero mutualismo consolidado por los años.

Eugenio y yo estábamos muy satisfechos de nuestra estadia en Albenga, durante la cual adquirimos muchos conocimientos de orden social y económico. Una mañana nos enteramos por el dueño del hotel de que nos quedaba por ver la curiosa Gruta de Toirano. Inmediatamente hacemos venir un coche y nos ponemos en camino.

Pasamos por Ceriale, atravesamos la larga calle de Borghetto, punto estratégico de los austriacos, contra el cual se estrelló el valor del general Massena en 1795.

Desde una pequeña altura vemos a Loano, donde estableció por un tiempo su cuartel el general Bonaparte en su memorable campaña de Italia, que abrió al gran corso las puertas de la gloria.

Llegamos a Toirano, y sus habitantes observan nuestro paso con curiosidad. Al llegar a una plazoleta, nos vemos obligados a descender, porque dada la estrechez de la callejuela, la carroza no puede seguir avanzando.

Sacamos las últimas liras de nuestros bolsillos, que quedan nuevamente vacíos, las damos en pago al cochero y seguimos por el camino que nos indican algunos campesinos. Al poco rato de andar, alcanzamos a una jovencita que seguía nuestra misma dirección. Asido de la mano llevaba a un niño de 6 a 7 años que la seguía con cierta dejadez. Al conocer la chica nuestro propósito, se ofreció gentilmente a acompañarnos.

— Yo tengo la llave de entrada, señor.

— ¿Y qué es lo que va a hacer usted allí, señorita?

— Es mi paseo de todos los días, señor; voy con mi hermano a buscar la luz para sus ojos. El niño estaba ciego.

Ella prosiguió: — Hace más de cuatro años que está así, y dirige diariamente su plegaria al cielo para que le torne la vista.

Nosotros seguíamos sin hablar la relación de esa niña, cuyos modales educados no condecían con la rusticidad del pueblo en que nos encontrábamos.

— ¿Son ustedes de Toirano?, le preguntamos.

— No, señor; hace algunos meses que hemos venido de la ciudad, atraídos por las milagrosas virtudes del agua de la gruta.

Nosotros la interrumpimos:

— ¿De qué se ocupa su padre?

— Murió hace cinco años, señor, y desde entonces mi madre y yo, ganamos el sustento de cada día.

Atravesamos una cascadita que alimenta un tupido cañaveral. En seguida nos enseña una mancha blanca que se destaca de entre las rocas de una montaña que está a nuestro frente.

— Esa es la iglesia que da entrada a la gruta, dijo; dentro de una hora estaremos allí.

Continuamos por senderos a cuyos costados crecen exuberantes el espliego, el romero y una infinidad de otras labiadas que esparcen un intenso aroma. Después de algunos zig-zags, y de varios descansos que la marcada pendiente nos obliga a tomar, llegamos a la iglesia, metida dentro de las rocas. Desde el portal divisamos en lontananza los rojos techos de Toirano. Entramos. Hay una capilla con dos portezuelas que dan acceso a la gruta. La niña se persigna, el hermano la imita, después enciende una vela que nos entrega. Ella se provee de otra y comenzamos a internarnos. La gruta tiene más de doscientos metros de longitud. A los pocos pasos de la entrada, la claridad del día desaparece. Seguimos internándonos y comenzamos a ver curiosas piedras puntiagudas con el vértice hacia abajo, que penden de la bóveda a tres o cuatro metros de nuestras cabezas.

— Esta es la cama y ese es el banco, dice la niña; aquella la mesa y eso otro el reclinatorio que usó Santa Lucía, y nos señalaba unas piedras lisas cuyas formas eran muy parecidas a los objetos que nombraba. Preciosas estalactitas colgaban del techo, llegando algunas al suelo, y adelgazándose en su parte media, parecían fuertes columnas que sostenían el peso de la montaña. Las paredes exudaban agua y el piso se hacía mucho más húmedo.

Por fin llegamos a un punto ensanchado, en el centro del cual había un tonel que recogía un fino hilo de agua que caía desde lo alto. Ella acercó allí al niño, el que comenzó a lavarse los ojos, mientras la hermana, pasándole suavemente la mano por los cabellos, murmuraba una oración. Después que hubieron terminado, se arrodillaron, se levantaron y siguieron enseñándonos los que nos faltaba ver.

A trechos, había en el suelo una petrificación blanquecina de forma cónica, y en la parte opuesta, en la bóveda de la gruta, otra cuyo vértice miraba hacia abajo, y del cual se escapaba de tiempo en tiempo una gota, que iba a dar sobre el cono inferior. Ese trabajo continuo, acumulaba cristales en los dos conos, los que, al pasar los siglos, llegaban a unirse. Todo era allí de una rara belleza; recogimos algunos trozos de piedra como recuerdo, y volvimos al pueblo bajo la impresión de lo que habíamos visto.

El paso del cieguito por las callejuelas del pequeño Toirano era saludado por todos sus amiguitos, algunos de los cuales, desde sus puertas, al pasar, le acariciaban la cabeza. Nos quisimos despedir, pero la chica nos rogó que llegáramos hasta su casa, a lo cual accedimos.

Empujó la puerta y nos anunció a su madre, la que limpiándose las manos en el delantal, se dirigió hacia nosotros mirándonos fijamente. Nos saludó disculpándose de su indumentaria casera, y nos enseñó dos sillas. La joven había salido, volviendo al momento con dos copas y una botella. Nos sirvió, y vi que devolvió la botella, agradeciendo a uno de los tantos chicos que curioseaban desde la puerta. Fingí no haber visto, y me levanté para ver de cerca un retrato, colgado de la pared.

— ¿Es su padre de usted? pregunté a la niña que se acercaba a mí para que le diera la copa vacía, y le señalé el cuadro.

— No, me contestó; la única fotografía que de él teníamos, ya no la poseemos. Este es tío Silvio, que está en la Argentina y que parece habernos olvidado.

La madre comenzaba a relatarnos lo que ya sabíamos por boca de la hija. Esta, y su cieguito, los tres, constituían la pequeña familia que vivía con la esperanza de un milagro de la virgen de la gruta. ¡Había hecho tantos!

— ¿Y por qué no acude usted a un facultativo de fama?

— Ya lo hice con varios, sin resultado, señor. Todo lo que está al alcance de nuestro bolsillo, lo pruebo. Hace varios días supe que en Albenga se vendía un unguento muy eficaz. Envié entonces allá, a Iole con los pocos ahorros que tenía, y lo he sentido, señor, porque el gasto representa algunos días de fatiga para mi pobre hija. Esta bajó humildemente la cabeza. La madre prosiguió: el remedio no hizo otra cosa sino irri-

tarle los ojitos. Ahí está la cajita. Nosotros miramos hacia donde indicaba, y no pudimos reprimir un movimiento de sorpresa; nos miramos el uno al otro; habíamos reconocido la sección de caña que encerraba el unguento que vendíamos días antes. Eugenio y yo, nos secamos los ojos, y los de la casa debieron encontrar muy natural este gesto. Mi amigo pidió permiso y salió para volver al cabo de un rato. Acababa de vender, según lo supe después, un anillo, con el producto del cual quiso remediar el mal que había ocasionado.

— Acepte usted estas liras, señora, que la aliviarán en algo.

La señora agradeció con buenas maneras el ofrecimiento, sin aceptarlo.

Después de charlar otra media hora, creímos oportuno retirarnos, y así lo hicimos, despidiéndonos de esos tres grandes corazones templados al calor del amor que se profesaban.

Ya estábamos fuera, cuando Eugenio dió un fuerte suspiro, diciéndome: — He dejado, sin ser visto, lo que no me pertenecía, y dióse vuelta los bolsillos del chaleco; yo comprendí la cosa.

A los pocos pasos nos volvimos para saludar con nuestros pañuelos; pero al sacar el mío, algo se cayó al suelo. Levanté el objeto mientras me asaltaba una terrible duda; aquella niña debía de ser su propietaria. La llamé, y acudió con su hermanito; le mostré el retrato en miniatura esmaltado, que colgaba de ese objeto. Ella lo reconoció en seguida: es mi padre, murmuró y miraba alternativamente a Eugenio, a mí y a la cadenita con el colgante. Se la volví al cuello y le estampé un fuerte beso en la frente. Mi amigo hizo otro tanto con el cieguito, y ambos hermanos salieron corriendo hacia su madre, besando el querido recuerdo. Nuestros ojos, inundados de lágrimas, apenas distinguieron tres bultos que agitaban los brazos, saludando.

El coche de la correspondencia nos condujo a Albenga: durante casi todo el tiempo, no cambiamos palabra; apenas alcancé a contar a mi amigo el suceso de la cadenita.

Bajamos frente al hotel, pagué al cochero con una pequeña monedita de oro que servía de colgante a mi cadena, y nos metimos en el cuarto. Eugenio se echó vestido sobre la cama, y yo bajé al escritorio donde me comunicaron que en el correo había un envío para nosotros. Así pude pagar la cuenta

del hotel. Subí a nuestra habitación, y sacudiendo a mi compañero que tenía los ojos algo rosados, le mostré el dinero y le dije: — Deberíamos enviarlo todo a Toirano. — No, me contestó secamente, no quiero meterme de nuevo a galeno; reserva lo necesario para el viaje y le remites lo restante.

Así lo hice. La señora no hubiera aceptado nuestro presente, y entonces busqué la forma de no rozar su dignidad. De pronto me acordé lo del tío Silvio, y al otro día mandamos a un honrado albenganes con las liras y un simple papelito donde habíamos escrito:

“Vuestro Silvio, no os olvida”; recomendando al hombre la mayor discreción con respecto al remitente.

Salimos inmediatamente para Génova. Después de varios días de permanencia en la capital ligure, me despedí de Eugenio, mandé un saludo y la dirección de mi casa a Toirano, y me embarqué de regreso rumbo a mi tierra.

El hizo lo propio poco tiempo después.

.....
Pasaron meses. No hace mucho recibí una fotografía donde aparecían tres personas, una de las cuales abría con malicia los ojos, sonriéndose, y una carta que leí apurado:

“...somos los seres más felices; el milagro se produjo. El agua de la gruta devolvió la vista a mi hermanito, que volvió a ver la luz del día y las luces que iluminaban su alma: Mamá y yo...” No leí más. Fuime a ver a Eugenio y le mostré el retrato y la carta. Me miró con sorpresa, y nos echamos el uno en los brazos del otro.

Y en el reverso de una fotografía donde aparecíamos los dos, contestamos lo que nos decía el corazón en ese momento.

.....
Ahora, cuando a veces comentamos el milagro, mi amigo se ríe de muy buena gana, agregando: quizás las propiedades del agua mineralizada de la gruta, no hubieran surtido efecto sin la acción del maravilloso unguento.

LUIS MORTEO.

Algunas impresiones sobre Tucumán

Llegamos a Tucumán. Los que no conocíamos la histórica ciudad, recibimos una gratísima sorpresa. Nos encontramos impensadamente con una hermosa ciudad. Toda adoquinada de madera, circundada por grandes avenidas macadamizadas, provista de buenos edificios y de plazas amplias y frondosas, tranvías eléctricos, cloacas, aguas corrientes, mucho movimiento en las calles, gente culta y bien puesta. En fin, un buen barrio de Buenos Aires.

La campiña fué, igualmente, una revelación para nosotros. La tierra fecunda sustenta una flora variada, de clima subtropical, que se extiende a manera de jardines desde las habitadas llanuras hasta las más elevadas cimas de las montañas. En la serranía hay panoramas de una belleza imponente. La quebrada de Lules y todo aquello que se presenta a la vista del viajero que escala las primeras estribaciones de la montaña para visitar Villa Nougúés, constituyen paisajes admirables que el turista no olvidará jamás.

Tucumán, por la fertilidad de sus tierras que se traduce en una abundante producción agrícola, y por el desarrollo de su industria azucarera, es una provincia riquísima. Pero esta riqueza no la poseen sino unos pocos habitantes que, generalmente, viven en la capital.

La población, exceptuando aquella de la capital, que es de ascendencia europea, está constituida en la mayor parte por el indígena puro, el cual, a través de varias generaciones de vida en contacto con la civilización moderna, ha modificado su modo de vestir, de trabajar y, quizás, suavizado sus instintos primitivos y salvajes. La ignorancia la conserva intacta y en recompensa de la libertad perdida ha recibido el debilitamiento orgánico, el vicio del alcohol y las chozas miserables en que vive. A esta transformación del indígena se le da el nombre

de civilización. Consecuentes con esta idea se le ha otorgado el título de ciudadano.

El coeficiente educativo de Tucumán puede deducirse de la clase de su población. Fuera de la capital no existe sino un número limitado de escuelas primarias. Ni una sociedad, ni una institución que tenga por fin el desarrollo de la cultura! Es verdad que a una población semejante no son todavía aplicables procedimientos didácticos como la extensión universitaria en su doble faz de cursos y conferencias sueltas, por elementales que sean. Antes es necesario preocuparse de la higiene de esos infelices, de su mejoramiento económico y de su levantamiento cultural por medio de las escuelas primarias.

La capital es, pues, un oasis en medio de un desierto intelectual. Tiene, además de las escuelas primarias, Colegio Nacional, Escuela Normal y Escuela de Comercio. En las bibliotecas públicas se hace notar la bibliografía eminentemente científica y literaria. A la biblioteca Sarmiento se la puede llamar el Centro de los estudios intensivos por las frecuentes conferencias científicas que en ella se dan. La biblioteca Alberdi será un digno complemento de la Sarmiento, si lleva a la práctica los fines que expresa en sus estatutos, dando conferencias y cursos de extensión universitaria.

Para terminar, diré dos palabras sobre la mujer tucumana, de cuya belleza se han hecho pregoneros todos los visitantes de aquella provincia. ¿Son realmente hermosas? A nuestro entender no existe en ellas belleza plástica. Tienen, en cambio, el don de la expresión. Ahora bien, si nos apartamos de la estética naturalista que considera lo bello como producto exclusivo de sensaciones agradables, y tenemos en cuenta los dictados de la estética idealista que juzga estas sensaciones como independientes de la noción de lo bello, quizás tendríamos que negar el valor estético de ese don expresivo. Pero si no seguimos exclusivamente ninguna de esas dos tendencias, podremos decir que sólo encontramos belleza expresiva en la mujer cuando el placer que en su presencia experimentamos no depende únicamente de los sentidos, sino también de la afinidad de ideas y de sentimientos.

Memoria de la "Federación Universitaria"

PERÍODO 1912-1913

Leída por el M. de la J. D. saliente Sr. Carmelo M. Bonet, ante la Asamblea General Ordinaria del 23 de Junio de 1913.

Antes de entrar en la parte sustantiva de esta memoria, si es que esta memoria tiene alguna parte sustantiva, he de permitirme una brevísima digresión que explique a la C. U. entrante la razón o, si se quiere, la sinrazón por la cual hemos dilatado en unos días los términos de nuestro mandato.

Y esto no tanto para justificarnos y evitar una improbable discusión sobre el asunto, sino para aleccionar a los nuevos delegados sobre un mal que se ha infiltrado en el organismo de este cuerpo colegiado y que entorpece su funcionamiento regular. Ese mal consiste en la *noncuranza* criolla que se traduce en una inveterada falta de *quorum*. Nos reunimos a las cansadas o, como se dice comúnmente, a la muerte de un obispo. Es así cómo la Federación Universitaria se está convirtiendo en la escuela del perfecto diputado nacional.

Esta falta de *quorum* hizo que fuera trascurriendo el tiempo, hasta pasar el límite reglamentario, sin que se designara el miembro de la C. D. que debía redactar esta memoria. Al fin, y para liquidar una situación cada día más apremiante, se resolvió, en *petit comité*, y casi en vísperas de esta asamblea, que tomara por mi cuenta esa labor.

Gracias a lo angustioso del plazo, este documento tendrá por lo menos un mérito, el mérito de la brevedad.

Y ahora, entrando en materia, declaro desde ya que me he propuesto no rellenar esta memoria con un fraserío de circunstancias. No diré, por ejemplo, que debemos perfeccio-

nar el magno mecanismo de la Federación Universitaria uniéndonos en el esfuerzo y perseverando en la acción. Ni entonaré tampoco un himno a la solidaridad estudiantil, trasunto de la solidaridad social, de esa admirable concentración de fuerzas individuales, conquista la más promisoría de nuestra época contemporánea.

Todo esto y mucho más ha sido dicho en este mismo trance por voces más autorizadas que la mía. Debemos suponer que ya no es necesario repetirlo, que todo cuanto tenían esas prédicas de simple verbalismo, se ha volatilizado, dejando en los espíritus como un residuo, acción en potencia, que cada uno de nosotros debe desarrollar en esta lucha por la realización progresiva de nuestros ideales, que son altos ideales de mejoramiento humano.

Pero si no digo nada de esto, ¿con qué materiales voy a confeccionar esta memoria? Podría salir de la estacada enumerando todos los asuntos de trámite que han ocupado la atención de esta Comisión Universitaria. Pero voy a hacerles gracia de este prolijo recuento porque entiendo que una memoria de este linaje antes debe tratar de producir una impresión conjuntiva del período, que convertirse en un inventario de asuntos de simple juego administrativo.

¿Qué se ha hecho durante todo el período? ¿Qué proyectos, qué iniciativas de peso pueden dar testimonio de laboriosidad de parte de la Comisión Universitaria saliente? Ningún proyecto, ninguna iniciativa. Y esto no se crea que involucre un reproche. No, puesto que la Comisión Universitaria no tiene, sino como accesorio, el rol de proyectar. Más que un cuerpo de misión deliberante y ejecutiva, es una entidad moral, casi diría, un mero símbolo, el símbolo del consorcio de la nutrida república estudiantil. A la Comisión Universitaria le basta con existir regularmente. Nada más. Vale, como las mujeres bonitas, por simple acto de presencia.

Para la obra práctica, para las mejoras de un orden más positivo, están los Centros confederados, que gozan de una amplia autonomía, que tienen su engranaje propio y que pueden remediar con eficacia sus necesidades porque están en inmediato contacto con ellas.

El asunto capital del año, como es notorio, lo constituyó la celebración en Lima del III Congreso de Estudiantes

Americanos. El presidente de la delegación argentina, señor Nerio A. Rojas, dió oportunamente a la publicidad un informe comunicando a esta Federación Universitaria la actuación de los delegados de la Universidad de Buenos Aires. Esta nota y las noticias que los diarios nos transmitían continuamente relatando el desarrollo de la *tournée* de nuestros delegados, así como los testimonios de figuración lucida graficados en numerosos ejemplares de la prensa limeña traídos al seno de esta Federación Universitaria, me eximen de entrar en mayores abundamientos en lo atañadero a este Congreso en particular.

Pero no me eximen de aprovechar la coyuntura para poner de relieve las proyecciones incalculables que tienen, en general, estos torneos de la juventud pensante de la América.

Por lo pronto están revelando la existencia en las masas populares latino-americanas de sentimientos afines, comunes, concordantes. Y tanto, que los delegados argentinos al citado Congreso de Lima traspasaron las fronteras de su país y convivieron, primero con el pueblo chileno y, más tarde, con el pueblo peruano, sin percatarse siquiera de que estaban tan lejos de los paternos lares. En todas partes, el mismo verbo cervantino y la misma prosapia de hospitalarios fijodalgos.

Esta hermandad espiritual no era sólo con chilenos y peruanos, pues allá, en Lima, en la apacible ciudad de los virreyes, nuestros voceros, los voceros de esta pujante civilización del Plata, pudieron, en estrecho abrazo, confundir latidos de corazón con los heraldos cordiales de las demás comarcas de América...

Fiestas de estudiantes líricos, explosiones del quijotismo de la raza, exclaman los hombres de "sentido común", la gente positivista y "sensata", los alicortos, decimos nosotros, que ignoran cuántas hazañas memorables, cuántas dignas de recordación eterna debe la estirpe humana a esas explosiones del quijotismo, desde el parto sin segundo del genio de Colón hasta las gestas épicas de esos caballeros andantes que se llamaron Bolívar y San Martín.

Fiestas de estudiantes líricos que tienen la virtud de despertar en los pueblos americanos sentimientos latentes de afinidad orgánica, y de tonificar esos sentimientos sacándolos a la plenitud del aire y del sol.

Gracias a esa fraterna comunión de corazones que nosotros los estudiantes, reavivamos constantemente, podemos permitirnos vislumbrar, con base positiva, la futura hegemonía americana en el mundo.

Con base positiva... El continente asiático continúa adormilado en su fanático fakirismo milenario. El Africa, en su mayor extensión, sigue siendo una guarida de pueblos de un valor étnico inferior. Y la Europa, vientre prolífico de subrazas conquistadoras, aparece fatigada de tantas pariciones, y camina trabajosamente, autosugestionada con los oropeles de una civilización de opereta, camina soportando, nuevo Atlante, el peso de todo un mundo de anacronismos y de prejuicios: artificiales odios de sangre, ridículas preocupaciones de heráldica, rancias divergencias de religión; camina y camina irremediabilmente hacia un ocaso que ha de precipitar la estulticia del militarismo.

Nos queda la América, acervo de hombres libres como el pampero, dentro de poco tiempo vigorosa urdimbre de pueblos, hermanos en fortuna por las vicisitudes y los azares de su historia, hermanos de sangre por haberse amamantado en los pechos de una misma madre y hermanos de espíritu por haber deletreado el mismo silabario de la misma lengua inmortal... Vigorosa urdimbre de pueblos que ha de imponer a las razas cansadas y caducas, con la majestad de su sola presencia, las magnas aspiraciones civilizadoras que hoy ensueñan los santos varones de la época: la muerte de los privilegios de nacimiento, el respeto de todos los derechos, la justicia distributiva, el reinado de la paz entre los hombres...

Véase, entonces, toda la importancia que tienen para nosotros los Congresos estudiantiles. No olviden los positivistas alicortos que a esos Congresos "líricos" asisten los representantes de la juventud estudiosa y que es del seno de esa juventud estudiosa de donde han de surgir los regidores de pueblos del mañana, es decir, los hacedores de lo que hoy parece una manifestación del quijotismo de la raza.

Y ya que, insensiblemente, esta memoria ha venido a parar en una apología del panamericanismo, séame permitido terminarla con un saludo a Manuel Ugarte, peregrino de nuestro ideal, misionero de la noble y genitora cruzada en pro del levantamiento cultural de la América.

Buenos Aires, Mayo 31 de 1913.

A la Junta Directiva de la Federación Universitaria.

Presente.

Me es grato, en cumplimiento de la disposición reglamentaria pertinente, presentar el balance de la Tesorería del período 1912-1913 y que por segunda vez he tenido el honor de tener a mi cargo.

Satisfecho finalizo este segundo período con la declaración de que nuestro balance acusa un beneficio, lo que por primera vez ocurre, habiendo cancelado todas nuestras deudas, entregando al próximo ejercicio una utilidad de pesos 992.73 moneda nacional, más pesos 102.90 moneda nacional ganados por intereses del dinero de la "Casa de los Estudiantes".

He iniciado el ejercicio actual con un déficit de pesos 657.28, cantidad que fué disminuída a pesos 281.15 por el ingreso del beneficio obtenido en la función del 31 de Octubre de 1911 por la casa Max Glücksmann.

Al finalizar el actual, nuestro capital asciende a la suma de pesos 711.50 moneda nacional, que con los pesos 102.90 moneda nacional ganados por el interés de dinero de la "Casa de los Estudiantes", dan una utilidad para el ejercicio que termina de pesos 1.095.63 moneda nacional.

Ingresaron por varios conceptos pesos 42.943.70 y egresaron pesos 43.070.69. Resta un saldo actual de pesos 300.26 moneda nacional.

Este año no se ha adquirido mueble alguno; del saldo anterior o sea de la cantidad de pesos 642.44 moneda nacional se dedujo en el actual balance el 5 por ciento por desmérito. El valor de las existencias se estima en pesos 610.32 moneda nacional.

Se abonaron durante el año pasado 1.528.85 moneda nacional, de los cuales pesos 260 pertenecientes a sueldos del ejercicio anterior. En esta suma están comprendidos los sueldos del personal, telegramas, franqueo, impresiones, gastos de secretaría, etc.

El fondo actual de los intereses devengados de la "Casa de

los Estudiantes" es de pesos 2.335.85 moneda nacional en la Caja de Ahorros en el Banco de la Nación Argentina, donde se encuentran depositados.

El Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina abonó por concepto de cuotas la suma de pesos 1.462.90 moneda nacional, adeuda la cuota del mes de Mayo estimada en pesos 120.

El Centro Estudiantes de Derecho abonó durante el año y puntualmente su contribución mensual, la suma de pesos 643.10 moneda nacional, adeuda pesos 35 por el mes de Mayo.

El Centro Estudiantes de Ingeniería abonó pesos 388.30 y adeuda pesos 33 por el mes de Mayo.

El Centro Estudiantes de Filosofía y Letras por sus cuotas hasta Abril de 1913 abonó pesos 38.40, adeudando la cuota del mes de Mayo estimada en pesos 4.

El Centro Estudiantes de Agronomía y Veterinaria abonó pesos 30.60 hasta el mes de Mayo, quedándole un adelanto de pesos 1.30.

Al comenzar el actual ejercicio la Federación debía a la casa Rodríguez Giles la suma de pesos 744.90, hoy se halla completamente pago.

A la Penitenciaría Nacional se le debía por la impresión de las actas del II Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, la suma de pesos 669.94. También se encuentra cancelada esta cuenta desde Junio 11 de 1912.

El fondo actual "Homenaje al Dr. Ameghino" asciende a pesos 111 moneda nacional.

Saluda con su mayor consideración.

MANUEL N. NOVAS.

Tesorero.

Picadillo final

Rasgo de munificencia.

Por medio de estas columnas, e interpretando el sentimiento de todos nuestros consocios, damos nuestras más expresivas gracias al Dr. Rafael Obligado por la valiosa donación con que ha favorecido a nuestro Centro.

"Los nuestros".

Debido a razones que no es ahora del caso poner a público, hemos tenido que suprimir momentáneamente esta sección que iniciáramos con el primer número de VERBUM. Sin embargo, trataremos en adelante de continuarla. Si llegamos a hacerlo, desde ya podemos anticipar que abrigamos el propósito de ir formando una galería femenina donde vayan apareciendo las "chicas" sobresalientes de la casa, conjuntamente con lo más representativo de nuestro sexo. No hacerlo sería poner en grave trance nuestra galantería y nuestro espíritu de justicia.

"Sin oriente".

Así se titula una producción dramática que el Dr. Carlos Alberto Leumann, universitario graduado en esta casa, ha presentado al concurso del Teatro Nuevo. La obra ha sido aceptada y su estreno tendrá lugar dentro de breve plazo. Nuestros votos por que un éxito sonoro corone esfuerzo tan laudable, y sirva al flamante dramaturgo de estímulo para proseguir en la alta como ingrata tarea de hacer arte.

Una cooperativa de "filósofos".

Los filósofos suelen ser unas excelentes personas que se desviven por saberlo todo, por comprenderlo todo, por abarcarlo todo. Se llenan la cabeza de *ismos* así como los médicos se lle-

nan la cabeza de *itis*. Discuten a Dios, se ocupan del origen del mundo, del origen del hombre, del problema de la conciencia, del problema de la materia. Y, sin embargo, ¡quién lo diría!, son unos niños ante el problema de la sustancia... en el caldo. Llegan a saberlo todo, pero ignoran ¡ay! casi siempre, una cosa subalterna pero tiránica: el arte de ganarse el pucherete y de vivir como la gente.

No nos referimos, es claro, a los pseudo-filósofos ni a los *eruditos* (léase jeruditos y pregúntese a Unamuno sobre los alcances de este neologismo), porque ésta es gente de otro linaje y que sabe sacar jugo hasta de su cerebro, lo que es el colmo.

Y bien, señores, ¡qué milagros los de este ambiente fenicio! Resulta que hasta los filósofos quieren entrar en relaciones con los pesos... ¡Ellos que habían puesto en duda la existencia de los pesos, suponiéndolos uno de los tantos mitos de civilizaciones perdidas “en la noche de los tiempos!...”

Ya no serán, ¡oh, no! únicamente los abogados los que, con excelente acuerdo, se dedican al comercio y a la industria, instalando granjas para la cría de “volátiles” más o menos porcinos, ni los poetas que marchan al Neuquén a hacer vida virgiliana debajo de los pámpanos promisorios... Esta es la hora en que un grupo de “filósofos” de esta casa se apresta a matarles el punto, vendiendo, como en los tiempos presocráticos, las mieles de sus espíritus cultivados.

Unidos en asociación cooperativa, se disponen a fundar un liceo donde se preparen alumnos de enseñanza secundaria.

Jóvenes y nutridos de ciencia, no sería imposible que llegaran a conquistar la “plaza”. Además, como hijos espirituales de Diógenes que son, la “plaza” es para ellos un terreno harto conocido. Y ya se sabe: en términos comerciales, conquistar la “plaza” es lo mismo que conquistar el “mercado”. Y eso es lo que importa.

Nuestros mejores augurios a los ejecutores de la valiente empresa.
